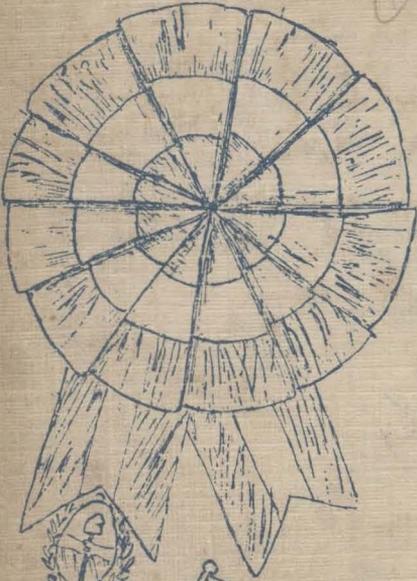


CECILIA BORJA

66-9193 *Alfredo Gallo*



ESCARAPELAS



E. Jonquières 1928

SEGUNDA PARTE DE
"SEMILLITAS"

TEATRO INTANTIL

ILUSTRÓ EL NIÑO
EDUARDO JONQUIÈRES

PRECIO DE VENTA: \$ 2.50

*A: con amigos Horacio
como el mundo caminosa
Cecilia Borja*

TEATRO INFANTIL

ESCARAPELAS"

(2.^a PARTE DE "SEMILLITAS")

COMPILACIÓN DE FANTASÍAS, COMEDIAS, MONÓLOGOS
Y POESÍAS, SOBRE ASUNTOS HISTÓRICOS
Y ESENCIALMENTE PATRIÓTICOS

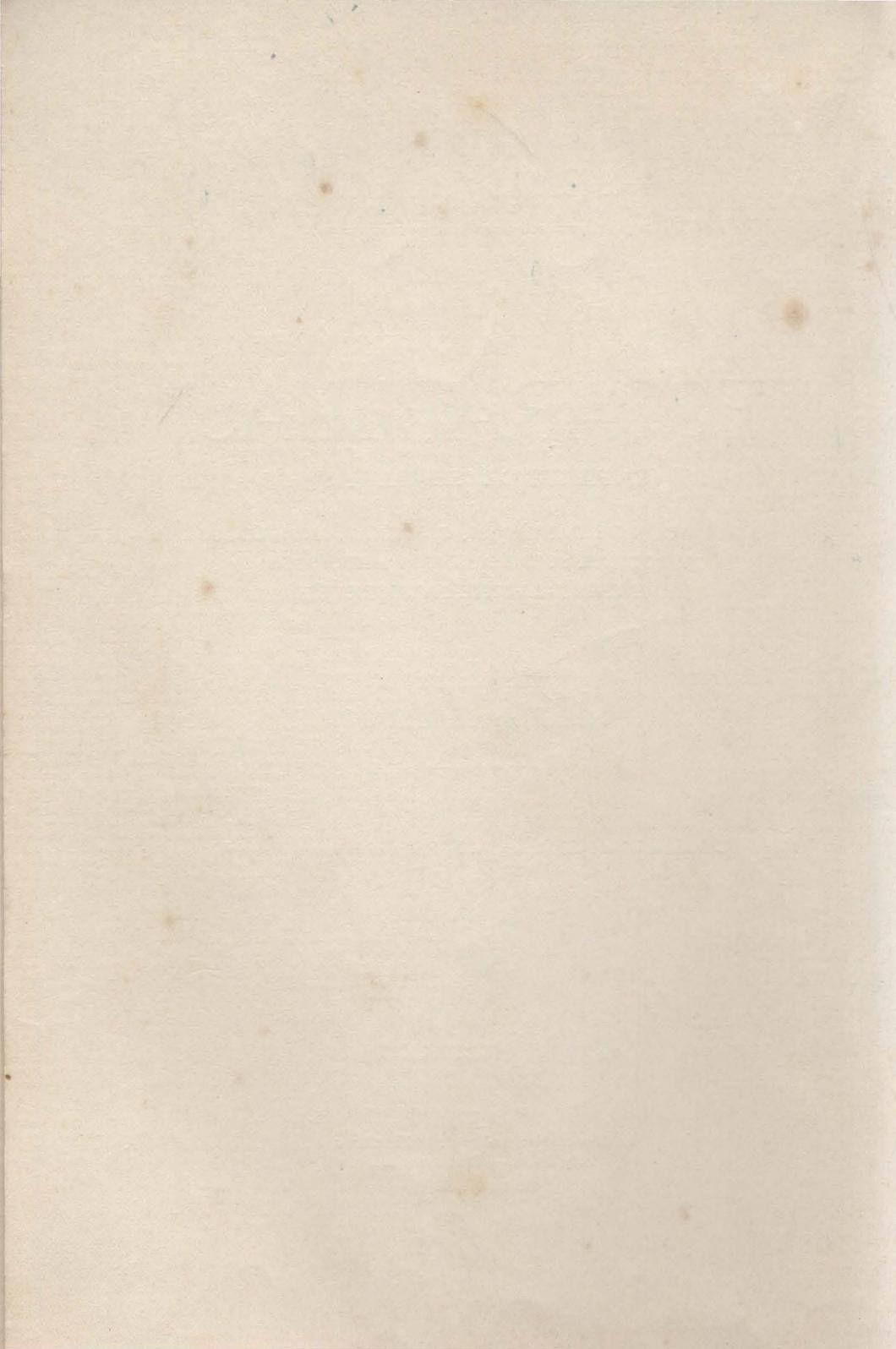
ORIGINALES DE
CECILIA BORJA

(La música, original del Maestro A. N. Rocca en el mismo volumen)



1929

La Cooperadora Gráfica de la Enseñanza
Isely & Cía. — Río Bamba 761
BUENOS AIRES



DEDICATORIA



A LA MEMORIA VENERADA DE MI BUENA ABUELITA, DOÑA ANTONIA QUINTANA DE BORJA, *cuya intuición artística y recto sentido me guiaron en la preparación de mis primeras fiestas infantiles en la escuela de Carlos Casares; cuya clarividencia me predijo una actuación como "autora", en que yo no pensaba, y para quien el afán del éxito de esos actos, a que su cariño atribuía exagerada importancia, constituyó el principal atractivo de los últimos años de su vida ejemplar;*

A MI ADORADA MAMÁ, *que, acompañando al piano, consagró a esas fiestas su talento musical y su paciencia;*

A LAS QUERIDAS COMPAÑERAS Y A LOS BUENOS AMIGOS, *que sacrificaban sus horas de bien ganado descanso para prestarme su eficaz colaboración;*

A LOS NIÑOS DE ENTONCES, *que con inteligencia, voluntad y cariño, encarnaron mis personajes;*

Y HASTA A LOS MODESTOS SERVIDORES, *que en tareas secundarias, me ayudaron también con desinterés y agrado...*

A TODOS ELLOS, ESTE LIBRO,
CON MI GRATITUD.

CECILIA BORJA.

Es propiedad de la autora.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Escarapelas...

... es decir, pequeñas divisas en blanco y celeste, que, con orgullo y cariño, ostentamos en los días de la Patria: *Escarapelas*, llamo yo a los trabajitos compilados en este, mi nuevo libro de *Teatro Infantil*, que, continuando la ideología de "Semillitas", se especializa en asuntos históricos y esencialmente patrióticos.

Exigente tendría yo que ser, y descontentadiza y ambiciosa, si no me sintiera satisfecha de la acogida dispensada el año pasado a "*Semillitas*", y muy pusilánime si esta satisfacción no alcanzara a vencer los descorazonamientos que me asaltan, como lógica consecuencia de inevitables reveses.

Y *Escarapelas* es la prueba eficiente de que me he sentido alentada a perseverar en mis esfuerzos para contribuir a elevar y encaminar el teatro *de los niños y para los niños*, gracias a la buena impresión que de "Semillitas" han exteriorizado amigos y extraños, haciéndome llegar su aprobación en frases que condensan lo que fué mi aspiración al escribir:

"Me ha emocionado"...

"Me ha hecho reír, y llorar"...

"He meditado"...

"Leí su libro de un tirón"...

"Mis chicos se han divertido"...

"Mis nenas no dejan su libro"...

"Mis sobrinos quieren conocerla"...

"Se lo leeré a mis nietos"...

"Su libro me ha llegado al corazón"...

“Mis discípulas me piden continuamente que les lea “*Semillitas*”...

“Todo su libro vibra de emoción; todo él es alma”...

Estas y semejantes palabras me las han dicho niños y grandes; ignorantes e ilustrados; entre los últimos citaré literatos y maestros como el doctor Rafael Calzada, Pablo A. Pizzurno, José J. Berrutti, José Castillo, José D. Forgione, Carmen S. de Pandolfini, Carmen Champy Alvear, Lola S. de Bourguet, Isabel Cascallares Gutiérrez, María Josefa Varela, Nacha Pineau, María del Pilar Beltrán, Ida y Delia Réboli, Carmen Ceballos, María Gaich de Bosch, María R. D. de Atienza, Emma S. Lond de Elena, Eloísa San Pedro, Rosa M. de Farey, Carmen Alsina, Lucía B. Pereira, María A. Torrá, Nora de Mantovani, Zulema Piedad Blanco, Julia Bustos, Elvira V. Seijó, Virginia P. Siritto, Teresa Carrizo de Echezarreta, María Estela Bidart, María L. F. de López Vives, Mercedes Torres, Ismael Navarro Puentes, Roberto Cugini, José Mazzanti, Atanasio A. Lanz, doctor Rufino T. Bello, doctor José B. Pita, José Panini Picasso, Julio M. Lond, y no sé cuántos otros que escapan a mi memoria, pero nó a mi reconocimiento, y a cuya voz agregaré la de tantas maestras que me han hecho conocer su impresión sobre mi teatro representado, coincidiendo así mismo, en que *conmueve*.

Tal es mi propósito: hacer sentir. Si lo alcanzo, debo continuar en la ruta emprendida, y así lo hago.

Y antes de poner punto final a este prólogo en el que no puedo transcribir, por no extenderlo demasiado, las cartas de muchas de las personas citadas, permítaseme hacer una excepción con la del eminente pensador, escritor y hombre de acción, doctor Rafael Calzada, cuyo juicio adquiere especial valor — aunque es, sin duda

excesivamente benévolo — por venir de persona de tan altos méritos y prestigios.

He aquí la carta de mi referencia:

Estación Villa Calzada, enero 12 de 1928.

Señorita Cecilia Borja.

De toda mi distinción y aprecio:

Por tratarse de usted y, deseoso de complacerla, haciendo una excepción, — ya que, por diversas razones, yo no soy el indicado para juzgarla — me di el placer de leer detenidamente su obra con espíritu crítico, y encontré en ella lo que usted se ha propuesto: Una serie de cuadros y de notas infantiles buscando inculcar en el corazón del niño, el amor y el respeto a los mayores, la aplicación, la afición al trabajo, la virtud, en una palabra. No haré de esos cuadros un detenido análisis que me resultaría imposible; pero sí diré que, en general, son ingeniosos y apropiados a su objeto. Hay entre ellos algunos realmente notables, p. e., “La mamá más linda”, que demuestra hasta dónde llega el verdadero amor filial y hasta dónde la ilusión del niño — la ilusión en general — colora y magnifica las cosas que amamos. “Las composiciones”, es una tan ingeniosa como severa lección de crítica literaria, en estos tiempos en que el plagio es moneda corriente. Y “Medio Siglo”, y “Las Adivinas”.

Entre sus *monólogos*, pueden citarse como muy notables “El milagro” y “El cumpleaños de mamá”; y de las *poesías* “El abuelito”, “La escuela cerrada”, “La arañita” y “Perico”, por lo sentidas y por el fondo de moral y de filosofía que encierran.

En general, hay en sus *Semillitas* la naturalidad y la sencillez, sin las cuales para nada sirven esta clase de difíciles trabajos. Sin embargo, me permito observarle que en ocasiones, por suerte contadísimas, hace usted hablar acaso demasiado bien a sus diminutos personajes. Un niño de cortos años no es fácil que diga, p. e., *rememoremos*, ni *dramatizando*, ni se le ocurre lo del *perfume de la gratitud*, ni sabe lo que es la *morbidez de la cara*. Además, dada la simplicidad del lenguaje infantil, es algo raro que a un niño se le ocurra considerar a sus apurados quehaceres como *actividad* y calificar a ésta de *extraordinaria*. Pero, estos detalles tan nimios, no deslucen en lo más mínimo el positivo mérito de su obra. Me atrevo a hacérselos notar, ya que usted me lo pide, para cuando componga otros trabajos análogos, con los cuales presta usted a la enseñanza, no lo dude, un servicio superior a todo elogio.

Mucho podría escribirse sobre su excelente y bien escrito libro; pero, lo repito, no me creo el indicado para ello. De todos modos, con las sencillas indicaciones que dejo enunciadas, ya podrá usted formarse idea de mi modesta opinión acerca de su obra en cuyas páginas brilla el noble propósito de formar el alma del niño, el futuro ciudadano llamado a batallar por la grandeza de la República.

Con la más distinguida consideración, ruego a usted me favorezca creyéndome su amigo y admirador afectísimo. — *Rafael Calzada*.

FANTASIAS

Evocación del Himno

Para la representación de este número, que no será posible más que en un teatro, se tendrá un segundo telón, a corta distancia del *de boca*. Deberá disponerse también de un reflector que proyecte luz sobre el prosenio en momentos dados.

Al levantarse el telón, aparecerán, dispuestos en la forma acostumbrada (no muy adelante, para dejar juego libre al 2º telón), los niños que deban cantar el Himno.

Quando terminan de cantar, baja el 2º telón, queda la sala oscura y poca luz en escena. Aparece por lateral un maestro o alumno adelantado, que recitará pausada y solemnemente:

“Aun flotan en el aire las notas cálidas de la canción gloriosa... Aun late nuestro corazón al impulso de la frase mágica que no podemos oír sin conmovernos:

¡Coronados de gloria vivamos,

O juremos con gloria morir!...

En alas de esta unción patriótica que nos envuelve, transportemos nuestro espíritu allá, por los albores de nuestra vida libre.

Estamos en Buenos Aires...

Es la noche del 8 de mayo de 1813; un joven poeta, criollo entusiasta, cuya lira había ya cantado las hazañas de los patriotas en el “Triunfo Argentino”, D. Vicente López y Planes, sale de una modesta casa de la calle Perú; lleva su frac de gran cuello, abierto sobre la nivea pechera de rizadas valencianas, y se envuelve con

donaire en la amplia capa roja. Atraviesa la calle solitaria y enlodada, y llega a la casa de las Comedias.

Morante, el artista predilecto de la juventud criolla, ha elegido bien la obra, y cuando las escenas patrióticas de "Antonio y Cleopatra" electrizan a los oyentes, López sale frenético del teatro, presa de un verdadero delirio de inspiración; esa inspiración caprichosa y voluble que, durante mucho tiempo, se había mostrado esquivada, sin querer acudir al ferviente reclamo del poeta...

Por la calle marcha López con paso acelerado, hacia su casa; procura llegar pronto, porque las estrofas se desbordan de su mente, se agolpan a sus labios, se amontonan, desparraman y confunden, y sólo la hoja de papel podrá recibirlas y fijarlas...

Son las 10 de la noche: López entra y enciende luz...

(En este momento se levanta el segundo telón, y, hacia el fondo, a la izquierda del escenario, aparece el primer cuadro vivo, reproduciendo, aproximadamente a Vicente López sentado en su mesa a la luz de un quinqué. La escena queda iluminada por el reflector, todas las demás luces apagadas. Sigue el recitado).

"Vertiginosamente, casi sin enmienda, escribe una a una, las octavas inmortales."

(Aquí recitará todo el verso del Himno, pudiendo, si se cree oportuno, suprimir las octavas, o simplemente las cuartetas que contengan expresiones demasiado vivas, que pudieran rozar la susceptibilidad de algunos oyentes. Al terminar baja el 2º telón, se apaga el reflector y se deja la escena a luz suave. Sigue el recitado).

"Al día siguiente, López, como Rouget de l'Isle, buscó a sus amigos: a Luca, a Paso, a García; y leyéndoles su

borrador, arrancó de ellos las primeras lágrimas de entusiasmo y de orgullo.

El 11 de mayo lo presentaba a la Asamblea, y era proclamado unánimemente “la única canción de las Provincias Unidas”...

Y poco tiempo después, en una de esas noches saturadas de gloria y de amarguras, reunidos el poeta y D. Blas Parera en la casa de la familia de Luca, en la calle Venezuela, entre Bolívar y Perú, el piano acompañó por primera vez el heroico Himno.

(Se levanta nuevamente el telón y aparece el 2º cuadro arreglado según grabados alusivos; Parera sentado a un piano de mesa; López de pie, a su lado; el piano puede arreglarse pegando un papel blanco con el dibujo correspondiente imitando el teclado, a una mesita común, a la cual puede agregarse la parte alta con cartón forrado o barnizado, imitando madera. Se apagan nuevamente las luces dejando solamente el reflector. Un piano interior toca lentamente el Himno, mientras sigue el recitado):

“¡Oíd mortales el grito sagrado!

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!”

(Baja el 2º telón: el piano se sigue escuchando).

“Y pocos días más tarde, en el aniversario de la Revolución, los niños de la escuela que dirigía D. Rufino Sánchez fueron los primeros en entonarlo en la plaza de la Victoria, ante el pueblo y las autoridades, con voces tan frescas y cristalinas como las que ha poco hemos escuchado.

(Desde adentro, unas voces de niños cantarán una pequeña parte, al par del piano a la sordina, y las voces

se extinguirán como alejándose. El piano y la recitación seguirán).

Pobres y ricos, formando después en el glorioso Ejército de los Andes, entonábanlo al compás de la azada con que se abrían camino en la Cordillera, y hacían exclamar a San Martín:

“Con esta clase de soldados todo puede emprenderse con éxito.”

Vibraba en sus oídos, y repercutía en sus almas, el *Grito Sagrado*, que repitieron en la nívea cumbre del Ande, en la campiña chilena; y en Lima, y en los aludes gloriosos de Río Bamba, y en Ituzaingó:

“¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!”

(Cesa el piano y baja el telón principal).

Nota.—En este número, como en varios otros del libro, reproduzco textualmente frases y aún párrafos de nuestros historiadores, que considero más elocuentes que las que yo redactara en su reemplazo. Con esta declaración deo a salvo mi honestidad literaria, evitándome citas especificadas que, dada la índole de mi trabajo, son innecesarias.

C. B.

En Aquel Gran Día

Boceto lírico-dramático en
un acto

(Música original del señor Ángel N. Rocca)

PERSONAJES:

D. VICENTE DE ARRIAGA, comerciante español.
ABELARDO, oficial de granaderos, hijo de Arriaga.
JUAN ANTONIO, 12 a 14 años, hermano de Abelardo.
Dr. JUAN MADERA, joven médico criollo.
Doña JUSTINA, esposa de Arriaga.
LUCRECIA, 18 años, sobrina de Arriaga.
Pueblo, Regidores, etc.

En Aquel gran Día

ACTO ÚNICO

(Escenario amplio. En el centro, algo hacia el fondo, un diván con almohadas; en sitio adecuado un velador o mesita con frascos de remedios; algunas sillas y cualquier otro accesorio que pueda dar al cuadro cierto carácter de la época — un arca, un sillón de respaldo alto, un brasero, etc. — Puertas laterales y al foro).

ESCENA I

Abelardo, doña Justina y Lucrecia

(Abelardo, reclinado en el diván con la cabeza vendada, duerme. Tía y sobrina, sentadas, ribetean de blanco un rebozo celeste, perteneciente a la primera. Lucrecia tiene puesto uno semejante. En una rinconera, un ramo de violetas y junquillos, naturales o artificiales).

LUCRECIA.—Déjeme, tía: ya falta poco y lo terminaré.

D. JUSTINA.—Nó, nó; trabajemos las dos, que si Abelardo se despierta, volverá a clamar por mi rebozo. ¡Está tan excitado!...

LUCRECIA.—Se diría que el descalabro tenía que haberle servido de escarmiento, pero...

D. JUSTINA.—¡Qué!... Nó uno, veinte golpes que hubiera recibido, y seguiría gritando: ¡Viva Buenos Aires libre!...

LUCRECIA.—Realmente, todos parecemos locos.

Cuando los muchachos llegaron a casa el domingo a la noche y contaron lo sucedido en el teatro, a la tarde, con la representación de "Roma Salvada" gritaban tanto ellos y gritamos tanto nosotras, contagiadas de entusiasmo, que por poco reproducimos la gresca de allí.

D. JUSTINA.—Faltaba que rebolearan bastones y dispararan pistolas ustedes también. Y, hay que confesar, que ninguna razón había para ello tampoco en el teatro: esto es buscar la desgracia. ¡Quiera Dios que a este hijo mío no le cueste cara la broma!...

LUCRECIA.—Nó; Madera se fué tranquilo, hoy; dice que cree conjurado el peligro de conmoción cerebral, pero... ¡cómo es que el lunes ya iba mejor y volvió a agravarse?...

D. JUSTINA.—Fué por imprudencia, hija; por lo que te digo: que hay desgracias que vienen, y otras que son llamadas. Cuando en el zafarrancho del teatro recibió el tremendo golpe en la cabeza, perdió el sentido. Planes y Castelli lo trajeron desmayado aún. Como la herida no era muy grande, le puse árnica y lo vendé, mientras ellos salían a avisar a Madera, que no tardó en venir. Cuando llegó, Abelardo había vuelto en sí, de manera que se limitó a recomendarle quietud y reposo.

LUCRECIA.—¡En qué ocasión!...

D. JUSTINA.—¡Figúrate!... Si Madera mismo, siendo médico, lo atendía como distraído, y empezó a pedirle detalles de la función, a hablarle del famoso Cabildo Abierto, de la terquedad de Cisneros en concederlo; en fin, que lo exaltó de tal manera, que volvió a desvanecerse, y tuve que pedir por favor que me dejaran sola con él.

LUCRECIA.—¡Qué ansiedad pasaría usted!...

D. JUSTINA.—Se durmió, y el lunes, amaneció bastan-

te bien. Conseguí que se quedara en cama, pero tuvo todo el día a Juan Antonio en idas y venidas para que le trajera noticias. De tarde tenía dolor de cabeza y algo de fiebre; recibió la esquila de invitación para el Cabildo Abierto; hizo venir a Planes y a dos o tres compañeros más, y la conferencia tuve que interrumpirla con toda energía, despidiendo a los visitantes. Pero la energía no me valió el día 22: se levantó, y, medio tambaleando, se fué al Cabildo.

LUCRECIA.—¡Qué imprudencia!...

D. JUSTINA.—Volvió al medio día ardiendo en fiebre y quejándose de un atroz dolor de cabeza. Llamé a Madera, que vino esta vez con Argerich, y se alarmaron: ya has visto en estos días cómo ha estado...

LUCRECIA.—¡Ya lo creo que lo he visto!... Recién ahora me vuelve el alma al cuerpo, pues...

D. JUSTINA.—... temías una desgracia: ya lo sé. No las tengo todas conmigo todavía, no creas.

LUCRECIA.—Ahora ya va bien. Delira a ratos; pero la temperatura se normaliza. (*Se habrán levantado ambas; lo miran y tocan suavemente*).

D. JUSTINA.—(*Pesarosa*). ¡Dios nos ampare!... ¡No vaya a reagravarse!... (*Vuelven a sentarse*).

LUCRECIA.—¡Vamos, que usted ha sido muy valiente antes, y se acobarda ahora!...

D. JUSTINA.—¡Nó, si no me acobardo!... ¡Bueno sería que las criollas no fuéramos dignas de estos momentos!... Pero con Arriaga en Córdoba, sin noticias de lo que aquí sucede: necesito yo serenidad para bastarme sola... El día en que Abelardo estuvo tan grave iba a mandarle un chasque, pero calculé que, tanto si la gravedad iba adelante, como si retrocedía, siempre llegaba tarde, y opté por callar dejando que concluyera

tranquilamente sus negocios. Además, él es español: ¿cómo tomaría nuestra actitud, abiertamente favorable a los patriotas?...

LUCRECIA.—¡Ah!, en esto no tenga duda: ¡es de los nuestros!

D. JUSTINA.—También lo creo yo, y lo creen nuestros hijos que conocen su amplitud de criterio y su espíritu liberal, pero es un tema escabroso que en casa hemos evitado siempre, y como en este último mes no ha estado aquí... (*Abelardo se mueve y se queja dormido: Doña Justina y Lucrecia se levantan nuevamente y se acercan al enfermo*). Va a volver a delirar...

ABELARDO.—(*Como delirando*). ... “Entre regir al mundo y ser esclavos...” (*Sigue hablando confusamente*).

LUCRECIA.—Lo del teatro: “Roma Salvada”...

D. JUSTINA.—Unos paños de agua sedativa: ¡está muy caliente!...

LUCRECIA.—Póngase el rebozo, tía, que ya está concluido. Si se despierta se alegrará. (*Lucrecia le aplica los paños, mientras Doña Justina se arregla apresuradamente*).

ABELARDO.—(*A gritos, siempre en delirio*). ¡El virey, nó!... ¡Buenos Aires!... ¡Yo voy!... ¡Yo voy!

D. JUSTINA.—Debo darle ahora una cucharada del calmante.

LUCRECIA.—Deje: ya se está quieto. (*Pausa*). ¡Qué barullo en la plaza!... ¡Oye, tía?...

D. JUSTINA.—Sí, hace rato. Y Juan Antonio que anda por ahí... ¡Jesús, qué angustias!... ¡No fuéramos a tener otra desgracia!...

LUCRECIA.—Juan Antonio no estará en la plaza, si-

no en lo de Azeuénaga, para traer inmediatamente la lista definitiva de la Junta, siempre que el "Sordo" bendito se resuelva a tomar las de Villadiego. No tema: a Juan Antonio no le pasará nada... (*Se oye la algarabía a lo lejos*).

D. JUSTINA.—¡Señor, Señor!... ¡Si a lo menos estuviera Arriaga!

ABELARDO.—(*Despertando*). ¡Ay!... ¡Mi cabeza, mi cabeza!... (*Lucrecia y Doña Justina, que se habrían asomado a la ventana, corren al lado de Abelardo*).

D. JUSTINA.—¡Hijo!

LUCRECIA.—¿Qué tienes?...

ABELARDO.—(*Quejumbroso*). Me siento débil, me zumban los oídos...

LUCRECIA.—¡Y claro!... Es el golpe...

ABELARDO.—(*Como distraído*). ¿Qué golpe?... (*Llevándose las manos a la cabeza*). ¡Ah!...

D. JUSTINA.—¡Vamos!... Estate tranquilo y te curarás. Toma... (*Le da una cucharada de una bebida*).

ABELARDO.—(*Animándose*). ¡Ya, ya me acuerdo!... Pero ¿qué importa que yo esté maltrecho si ya tenemos Patria?... ¿No ha vuelto Juan Antonio?...

LUCRECIA.—Todavía no: ya vendrá.

ABELARDO.—(*Reparando en el rebozo*). ¡Prima!... ¡Qué bien estás así!... ¿Y mamá también?... ¡Bravo!... (*Atrae a las dos y las abraza*).

LUCRECIA.—¿Te gusta?...

D. JUSTINA.—Por complacerte, y para que no te pongas majadero, ya ves.

ABELARDO.—Por mí sólo no lo han hecho, que ustedes también son patriotas.

D. JUSTINA.—¡Algo, algo!...

LUCRECIA.—(*Al mismo tiempo*). ¡Claro que sí!...

Y además, mira... (*Le muestra el ramo desde lejos*).

ABELARDO.—¡Ah!... ¡Qué colores!... ¡Ponlo aquí cerca, ven!... (*Señala la mesita*).

LUCRECIA.—Nó: el junquillo te mareará... (*Deja el ramo en la rinconera; saca un junquillo y algunas violetas que le coloca en la venda*). Aquí está el distintivo...

ABELARDO.—(*Por la gritería que oye afuera*). ¡Qué hay?...

ESCENA II

Los mismos y Juan Antonio

J. ANTONIO.—(*Entrando*). ¡Mamá, mamá!... (*A media voz*).

D. JUSTINA.—Aquí estoy: ¡Adelante!

J. ANTONIO.—¡Ah!... Creí que Abelardo dormía.

ABELARDO.—(*Tratando de incorporarse*). No duermo, nó. ¡Qué nuevas traes?...

D. JUSTINA.—Bueno, no te excites: no seas imprudente...

ABELARDO.—(*Sin atenderla, a Juan Antonio que tiene un papel en la mano*). Dame...

J. ANTONIO.—(*Dádoselo*). Toma: desde lo de Azcuénaga te manda esto Planes. ¡Todos están locos!... Se han ido en montón para el Cabildo, gritando desaforados. Chiclana, French, el Padre Grella y qué sé yo cuántos más, van adelante. El más bochinero es Planes. ¡Qué susto se van a llevar los "faldonudos"!... Dicen que en el Cabildo va a hablar Beruti para presentar el "ultimátum". Ahora él con French y muchos otros reparten las cintas para distintivos. (*Todo esto debe ser dicho a borbotones con saltos de contento y grandes ademanes. Doña Justina y Lucrecia le hacen señas de que se*

modere. Abelardo nervioso leyendo el papel ha tenido que recostarse de nuevo visiblemente debilitado).

D. JUSTINA.—Bueno, es demasiada imprudencia: ¡Basta!... (*Pretende quitarle el papel que él retiene. Juan Antonio se muestra azorado).*

LUCRECIA.—(*Conciliadora, a Abelardo*). Yo voy a leértelo, dame. ¿De qué se trata?...

ABELARDO.—¡La Junta; es la Junta!...

LUCRECIA.—¡Ah, bueno!... (*Lee en voz alta con gran interés; los demás miran también el papel, igualmente ansiosos. Leyendo:*) *Presidente... Cornelio Saavedra. Vocales: Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea. Secretarios: Moreno y Paso.* (*A medida que se va leyendo esta lista todos demuestran satisfacción y al terminar interrumpen con "¡Bravos!"... y manifestaciones de alegría. Abelardo habrá vuelto a incorporarse teniéndose la cabeza con ambas manos.*)

(ABELARDO.—¿Y qué? ¿Yo no he de ir?... ¡Me voy aunque me muera!... (*Intenta levantarse, los demás lo toman de los brazos obligándose a recostarse.*)

D. JUSTINA.—¡No faltaba más!...

LUCRECIA.—¡Cálmate!... ¡Qué locura!... (*A Juan Antonio*). ¡Corre, tráete a Madera!...

J. ANTONIO.—¡Acuéstate!... Iré en tu lugar...

ABELARDO.—(*A Juan Antonio*). Bueno, y vuelves en seguida a enterarme!... ¡Vuela, si nó, no te espero!... (*Sale Juan Antonio*).

ESCENA III

(*Doña Justina y Lucrecia atienden a Abelardo poniéndole compresas, arreglándole las almohadas, etc. Cuando se queda dormido dejan la pieza a oscuras.*)

D. JUSTINA.—Dejémosle, a ver si descansa ahora. ¡Qué tribulaciones!... ¡Virgen Santísima!...

LUCRECIA.—Sí, vamos: procure también usted dormir un rato, que yo vigilaré desde la otra habitación. (*Tomándola del talle*). Vamos.

D. JUSTINA.—Bueno, seré dócil yo, a lo menos. Si ocurre algo me avisas, ¿eh?...

LUCRECIA—Descuide: quedo de guardia.

ESCENA IV

(*Abelardo solo, durante toda la escena se agita en su lecho; pronuncia algunas palabras incoherentes, entre gemidos y gritos inarticulados, como delirando. Alrededor de su lecho se irá desarrollando la acción siguiente, que representará de la mejor manera, la visión de su delirio*).

Los personajes de este cuadro serán niños y niñas (16, 20 ó 24, a comodidad) representando al pueblo y vestidos, en sus detalles más visibles, según la moda de la época: los hombres con sombreros de copa, que se fabricarán en cartulina pintada, o con pañuelos de color, atados en la cabeza. (Véanse láminas y cuadros alusivos). Si es posible, casacas de satiné: si nó, se limitará al disfraz de la cabeza.

Las mujeres, rebozo, chal, o pañuelo puesto de punta (debe predominar el celeste y el blanco, aunque haya colores variados) y peinetón de cartulina pintada.

Hombres y mujeres llevarán paraguas de color fuerte: pueden utilizarse sombrillas pequeñas, ordinarias, fáciles de conseguir. Entrarán, en fila, la mitad por cada puerta lateral: al son de la música de la primera estrofa, sin cantar, evolucionarán alrededor de Abelardo dormido.

Después, formados en dos cuadros, uno a cada lado del diván, entonarán la primera estrofa con movimientos adecuados al sentido de la letra.

¡Vamos, que ya el pueblo
se junta en la plaza!
¡Cuánta gente pasa!...
¡Qué resuelta va!...
Mantiene el Cabildo
cerradas sus puertas,
pero el pueblo abiertas
las reclamará.

¡Abajo Cisneros!...
¡No queremos godos!...
Nos unimos todos
sin vacilación:
Un gobierno propio
pedimos altivos.
¡No nos den motivos
de revolución!...

Se repetirá la música de la última parte, mientras el pueblo evoluciona nuevamente, golpeando el suelo, a compás, con los paraguas cerrados.

Quedan formados en rueda, doble o simple, tomados de las manos, con los paraguas bajo el brazo; giran cantando la tercera estrofa.

Con los cabildeos
de los "faldonudos"
rómpense los nudos
de la esclavitud,
y el orgullo vano
de tantos mandones

lo lleva a jirones
el viento del Sud.

Quedan firmes, abren los paraguas, se repite la música y hacen movimientos uniformes con los paraguas, imitando el ruido del viento, a boca cerrada.

Nuevamente formados en dos alas, aunque en distribución distinta a la de la vez anterior, cierran paraguas y entonan la cuarta estrofa, con ademanes adecuados y golpeando con el paraguas.

¡Que se abran las puertas!...
¡Basta de misterio!...
El peligro es serio;
de un golpe; acabad!...
Saber reclamamos
de lo que se trata;
ya el furor desata
recia tempestad.

Uno de los personajes del pueblo se adelanta a primer término y recita la quinta estrofa:

French, Beruti y otros,
como iluminados,
con fe de inspirados
repartiendo van
la celeste y blanca,
la enseña bendita,
que a la gente agita
con sublime afán.

Durante este recitado, se desarrolla la escena siguiente: Entrarán dos hombres representando a French y Beruti, con una gran cantidad de distintivos que irán repartiendo a los personajes en escena, mientras éstos saltan y se agitan alrededor de ellos, simulando arrebatár-

selos. Al terminar se lo colocan en la solapa los hombres, y en el peinado las mujeres.

Los distintivos para este cuadro consistirán en una especie de plumero formado con tiras de papel (es preferible crepé japones, que es más fuerte y de caída elegante), blancas y celestes, atadas por una punta en que debe adaptarse un broche o un alfiler de gancho, que permita sujetarlo en forma segura y rápida en el momento oportuno.

Este distintivo debe resultar algo grande para dar realce al cuadro: pueden hacerse las tiras de unos treinta centímetros y poner alrededor de diez tiras da cada color.

French y Beruti, terminada la distribución, se retiran por puerta lateral.

(Los personajes que en los cuadros anteriores representan al pueblo quedan en silencio, en actitud de escuchar. Se oye de entretelones una voz que recita al compás de la música correspondiente, o canta):

Circulan las listas
para Junta nueva:
se acerca la prueba
que el triunfo ha de dar.
Entra y se amotina,
furiosa, la gente...
Calla de repente...
¡Beruti va a hablar!...

UNA VOZ.—¡Señores cabildantes!...

PUEBLO.—¡Es Beruti!...

UNA VOZ.—(*Beruti*). “Venimos en nombre del pueblo a retirar nuestra confianza de manos de ustedes. El pueblo cree que el Ayuntamiento ha faltado a sus deberes, y que ha traicionado el encargo que se le confiriera;

ya no se conforma con que sea separado el Virrey. Bien informados como estamos de que todos los miembros de la Junta han renunciado, el Cabildo ya no tiene facultad para sustituirlos con otros, porque el pueblo ha reasumido la autoridad que había transmitido, y es su voluntad que la Junta de Gobierno se componga de las personas que él quiere nombrar.

Y hago esta declaración, señores vocales, asegurando que si en el acto no se acepta, pueden ustedes atenerse a los resultados fatales que se van a producir, porque de aquí vamos a marchar todos a los cuarteles a traer a la plaza las tropas que están reunidas en ellos, y que ya no podemos ni debemos contener en el límite del respeto que hubiéramos querido guardarle al Cabildo.”

OTRA VOZ.—(*Lezica*). ¡Presenten la petición por escrito!...

PUEBLO.—¡*Lezica!*...

PRIMERA VOZ.—Este es nuestro “ultimátum”...
(*El pueblo prorrumpe en vítores y aplausos*).

(*Entran seis u ocho cabildantes por puertas laterales. Estarán vestidos según la moda de la época. Movimientos y actitudes señoriales y exageradamente solemnes*).

CORO

(*Indignados y enérgicos*)

Facciosos sin escrúpulos,
con mengua de su honor,
en desacato insólito
quieren alzar la voz.
Argumentaba Tácito:
“Sic, báculum sic lex;
“dísculus conciliábulus
monstrum horréndum est.”

ESCENA IVª. DE
EN AQUEL GRAN DÍA!...

VISIÓN DE ABELARDO

LA PLAZA (Escenas 1ª. a 4ª. inclusives).

Tempo di Marcia deciso

Risoluto

f Va - mos que ya el pue - blo se

jun - ta en la pla - za, Cuán - ta gen - te pa - sa! , Qué re - vuel - ta vá! Man -

tie - ne el Ca - bil - do ce - rra - das sus puer - tas. Pe - ro el pue - blo a bier - tas

ias re - cla - ma - rá! A - ba - jo Cis - ce - ros

A tutta forza

ff *ff*

Detailed description: This is a page of a musical score for a scene. It features a vocal line and piano accompaniment. The score is written in G major (one sharp) and common time. The tempo is marked 'Tempo di Marcia deciso' and 'Risoluto'. The dynamics range from 'f' (forte) to 'ff' (fortissimo). The lyrics are in Spanish and describe a scene in a plaza. The piano part includes a prominent bass line with chords and some melodic fragments. The vocal line consists of several phrases with lyrics. The score is arranged in systems, with the vocal line on a single staff and the piano accompaniment on a grand staff (treble and bass clefs).

no que-re-mos go-dos Vos u-ni-mos to-dos sin va-ci-la-ción:

un go-bier-no pro-pio pe-di-mos al-ti-vo No nos den mo-ti-vo de

re-vo-lu-ción. *p* Con los ca-bil-de-os de Los Fal-do-nu-dos

róm-pen-se los nu-dos de Lae-cla-vi-tud yel or-gu-llo va-no

de tan - tos man - do - nes lo lle - va a ti - ro - nes el vier - to del Sod ! Que

ff

sea - bran las puer - tas ! , bas - ta do mis - te - rio ! El pe - li - gres se - rio de un

ff

gol - pea - ca - bad Sa - ber re - cia ma - mos de lo que se tra - ta

Yael fu - ror des a - ta re - cia tem - pes - tad ! re - cia tem - pes - tad re - cia tem - pes - tad.

p *ff*

TRIUNFO

(6.^a estrofa).

Musical score for the 6th stanza of 'TRIUNFO'. It consists of three systems of music, each with a vocal line and a piano accompaniment. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is common time (C). The lyrics are: Cir - cu - lan las li - tas pa - ra yun - ta nue - va; sea - cer - ca la prue - ba del triun - fo de dar En - tray sea - mo - ti na fu - rio - sa la gen - te ca - lla de re - pen - te Be - ru - ti vaha - blar;

CORO DE REGIDORES

(Estrofas del coro).

Musical score for the Coro de Regidores. It consists of three systems of music, each with a vocal line and a piano accompaniment. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The tempo marking is *Maestoso*. The lyrics are: 1.^o ves par - cio sus sin es
2.^o ves La - gres - caes fu - rio -

cru - pu - los con men - gua de subo - nor en des - a - ca toin
 si - si - ma; se ha ar - ma - do el San Quin - tin, y as de ci - sio - nes

so - li - to que - ren si - zar la voz A - gu - men - ta - ba
 rá - pi - das sue - len te - ner mal fin Cal - me - mos nos - tros

(sentencioso)

Ta - ci - to "Sic bá - cu - tun Sic Lex dis - cu - lus con - ci -
 a - ni - mos - abs - cie - ge - la - pa - sión po - de mos ser mo -

liá bu - lus mons - trun ho - ren dum est dis - cu - lus con - ci -
 - nar - qui - cos sin e - za - ge - ra - ción Po - de mos ser mo -

più mosso (con)

lia-bu-lus monstrun ho-rren dum est los per-du-
 nar-qui-cos sin es-xa-ge-ra-ción alla se-las

temor manifiesto recelosos) (conicamente)

- la - rios hay que do - ner co - to
 ha - yan los des a - fo - ra - dos

Bas - ta deal - bo - ra - to lo man - dael Vi - rrey f Re -
 de - mo - nios en via - dos pa - ra nros - tro mal Que

- bel - des in - dig - nos te - med láa - me - pa - za que
 Rey nos per - do - ne te - mor y pru - den - cia con

des dees-ta ca - sa va de-or den del Rex
tan - tá vio - len - cia nobay ná - die le - . al 1ª - al 2ª

D. C tutto con la letra

JÚBILO (Himno)

(Última estrofa)

Maestoso

f v.

cresc

ff

p

poco a

Y el sol en - tre las nu - bes

mues - tra un ra - yo de o - ro que au - gu - ra un te.

poco cresce

so - ro un te - so - ro de fe - li - ci - dad Va ceun

ff

pue - blo pue - blo nue - vo Vic - to - rias Vic - to - rias

p poco a poco cresce ff fff

con - quis - ta - mos glo - ria Pa - tria y li - ber - tad

tutta forza p molto ff fff

A los perdularios
hay que poner coto.
¡Basta de alboroto!...
¡Lo manda el Virrey!...
¡Rebeldes indignos:
temed la amenaza
que desde esta casa
va de orden del Rey!

(Recitado)

No consentiremos la revolución:
este es un delito de alta traición.
Tanta batahola se castigará:
más de una cabeza tal vez rodará.

(Indecisos y atemorizados)

La gresca es furiosísima:
se ha armado el Sanquintín.
Las decisiones rápidas
suelen tener mal fin.
Calmemos nuestros ánimos:
nos ciega la pasión;
podemos ser monárquicos
sin exageración.

¡Allá se las hayan
los desaforados,
Demonios enviados
para nuestro mal!...
¡Que el Rey nos perdone
temor y prudencia:
con tanta violencia
no hay nadie leal!

(*Recitado*)

¡Vamos, compañeros: no hay nada que hacer!
 ¡Populacho imbécil, será hasta más ver!
 ¡El Virrey Cisneros ya no es nadie, horror!...
 Que a Fernando VII^o proteja el Señor.

(*Mutis laterales a ritmo musical*).

Los personajes que representaban el pueblo, convenientemente distribuidos en el escenario, cantan:

Y el sol entre nubes
 muestra un rayo de oro,
 que augura un tesoro
 de felicidad.
 Nace un pueblo nuevo:
 ¡Victoria! ¡victoria!...
 Conquistamos gloria,
Patria y Libertad.

(*Mutis laterales*).

ESCENA V

Abelardo y Lucrecia

ABELARDO.—(*Con voz potente*). ¡Ya está, ya está!...

LUCRECIA.—(*Entrando alarmada*). ¡Dios mío!...
 ¡Cómo me dormí!... Pero, ¡qué descuido!... (*A Abelardo*). ¿Qué tienes? ¿Qué hay?...

ABELARDO.—(*Grita, se incorpora y gesticula*). ¡La Junta! ¡Se van, se van!... (*Se ríe*).

LUCRECIA.—¡Virgen de los Desamparados!... ¡Creo que está loco!... ¡Tía, tía!...

ESCENA VI

Dichos y doña Justina

D. JUSTINA.—(*Entrando*). ¿Qué pasa?... ¿Está mal?...

LUCRECIA.—Un delirio increíble. Parece azogado...

D. JUSTINA.—¡Jesús nos valga!... ¡No te mueras, hijo, nó!... *Desesperada*).

ESCENA VII

Dichos y Arriaga

ARRIAGA.—(*Con sorpresa y espanto*). ¡Justina!... ¿Qué es?... ¿Qué tiene Abelardo?...

D. JUSTINA.—¡Ay!... ¡Has llegado!... ¡Bendito sea Dios!... (*Cae de rodillas a los pies del diván y llora apoyada en él. Abelardo continúa agitadísimo, pero no se entiende lo que dice*).

LUCRECIA.—Tío, por favor, escúcheme... (*Muy alterada*). Es que tenemos revolución, ¿sabe?... ¡No queremos al Virrey!... ¡Queremos ser libres!...

ARRIAGA.—Sí, algo he oído ya de todo eso, pero... no comprendo... ¿Qué tiene que ver?... (*Por Abelardo*). Si me dicen que no ha llegado a hacerse uso de armas...

LUCRECIA.—Nó, eso fué el domingo; hubo un escándalo en el teatro, porque representaban "Roma Salvada".

ARRIAGA.—¡Malditos exaltados!... ¿Y lo hirieron?...

LUCRECIA.—¡Sí, un golpe, nada más, pero se ha excitado mucho!...

ARRIAGA.—Claro, y le ha producido una conmoción. ¡Voy por el médico!...

LUCRECIA.—Fué Juan Antonio a llamar a Madera, Abelardo está más tranquilo: mire... (*Doña Justina se levanta y se acerca también*).

ESCENA VIII

Los mismos, Madera y Juan Antonio

ARRIAGA.—¡ Ah!... aquí está Madera.

J. ANTONIO.—(*Entrando*). ¡ Papá!... ¿ Cuándo has venido?...

ARRIAGA.—Acabo de llegar... ¡ Por Dios! (*A Madera*). ¡ Vea usted a mi hijo!... ¡ Por Dios!...

MADERA.—¡ Calma!... No lo rodeen así, que si despierta le hará mal efecto. No hay que alarmarse: ¡ son alternativas del mismo mal!... ¿ A ver?... (*Todos se apartan; él lo toca, lo ausculta, lo observa*). La temperatura y el pulso son casi normales...

D. JUSTINA.—¡ Pero si acaba de tener un delirio tremendo!...

LUCRECIA.—¡ Y estaba que ardía!...

MADERA.—Bien; ha sido la crisis decisiva y, con gran satisfacción, puedo asegurarles que cuando despierte se iniciará la convalecencia; ahora hay que dejarlo dormir, que este sueño es reparador.

TODOS.—(*Con muestras de efusión*). ¡ Gracias, Madera, gracias!...

MADERA.—(*Conmovido*). A mí nó, amigos: a Dios y a la naturaleza excepcional de Abelardo. Otro no lo resiste.

J. ANTONIO.—Yo quisiera despertarlo sólo para de-

circle que ya somos libres, y para darle estos distintivos.

LUC. y D. JUST.—¿Renunció al fin Cisneros?...
¿Se proclamó la Junta?...

MAD. y J. ANT.—¡Sí, somos libres!... (*Juan Antonio baila y doña Justina mira, inquieta, a Arriaga y a los demás*).

D. JUSTINA.—(*A Juan Antonio*). ¡Vamos!... ¡Juicio!...

ARRIAGA.—(*Con cierta melancolía*). ¡Déjalo: es la ley natural, y España no podía eludirla!...

Congreso de Tucumán

(Reproducción ideal de la sesión del 9 de Julio de 1816).

La sala representará la del Congreso, según láminas alusivas: un estrado con una mesa y dos sillas, para el presidente y vicepresidente, respectivamente.

A ambos lados, fuera del estrado, sendas mesas para los secretarios, a la derecha la de Paso y a la izquierda la de Serrano. En la pared, detrás de la mesa presidencial, un crucifijo, y debajo, un escudo. En el resto de la sala sillas, en que, al alzarse el telón estarán sentados los diputados, con los trajes indicados en las mismas láminas: sacerdotes, militares y civiles. En la indumentaria, procúrese copiar láminas alusivas y, especialmente retratos de los congresales. De no conseguirse estos últimos, téngase en cuenta que los doctores Pedro Ignacio Castro Barros, Antonio Sáenz, Pedro Francisco de Uriarte y Pedro León Gallo visten sotana; Fray Justo de Santa María de Oro, hábito de dominico; Fray Cayetano José Rodríguez y el doctor José Colombres, de franciscano, y D. José Ignacio Gorriti, uniforme de general. Estos, son datos aproximados para procurar una ilusión de conjunto; la escasez de fuentes de información al respecto, no ha permitido a la autora ajustarse estrictamente a la Historia. Una ventana con reja en el foro; además, varias puertas laterales.

Hay pueblo agolpado en puertas y ventanas, y hace eco a las manifestaciones de la sala.

Congreso de Tucumán

ACTO UNICO

GODOY CRUZ. — Tengo el honor de pedir la palabra al señor Presidente, para recordaros, señores, que no debemos postergar una vez más el trascendental asunto de nuestra emancipación, y que el deber nos impone no abandonar hoy esta sala, sin que, como dignos padres de la Patria, hayamos cumplido el fin primordial de la Revolución de Mayo.

MUCHOS.—¡Bien; muy bien; bravo!...

FRAY CAYETANO.—Pido la palabra.

LAPRIDA.—La tiene, señor diputado.

FRAY CAYETANO.—Aún hay, señores, quien juzga prematura la proclamación de un acto que de hecho está ya consumado. ¿Aún encuentran corto el tiempo de nuestra esclavitud? El carácter de libre ¿es mucho rango para un pueblo nuevo? Iremos aún *fernandeando*, por activa y por pasiva, casados con nuestras malditas habitudess?...
1 1 1 1 1 1 1 1 1 1

TODOS.—Muy bien.

MELO.—¡Fernando VII no debe gobernarnos nunca!

GORRITI.—¡Ya es tiempo de ser libres!

CABRERA Y MALABIA.—¡La libertad!

DARRAGUEIRA.—Pido la palabra.

LAPRIDA.—(*Timbre*). ¡Orden, señores, orden! Tienen la palabra el doctor Darragueira.

DARRAGUEIRA.—¡Bravo, compañeros! El entusiasmo es el secreto del éxito; no dejemos que se apague y

salvaremos la Patria. Ya no son dignas de nosotros más incertidumbres ni vacilaciones: pongamos a grandes males, grandes remedios, y evitemos que, cual al moro de Granada, nos toque llorar como mujeres lo que no hayamos defendido como hombres.

ACEVEDO, MELO Y BULNES.—¡Sí, sí! ¡Hoy mismo!

GAZCON, MAZA Y MEDRANO.— ¡No pasemos de hoy!

SANZ.—Pensad, que a cada instante que perdemos, se estrecha más y más el círculo de fuego en que nos encierran las asechanzas de nuestros múltiples enemigos, y que si grave y comprometida era la situación de nuestras provincias, cuando nos cupo el honor de ser designados para representarlas, el problema es hoy más arduo y más difícil aún.

SERRANO.—Fernando VII, libre del cautiverio, reclama con arrogancia sus derechos a estas colonias.

GORRITI.—¡Jamás se los reconoceremos! ¡De qué hubiera servido la destitución del virrey?

ACEVEDO.—Pero han pasado seis años, sin que un nuevo movimiento confirmara aquello que, según opinión de los peninsulares, fué sólo bravata.

BULNES.—¡Qué audacia!

GALLO.—¿Quién se atreve a sostenerlo?

DARRAG., GAZCON y MAZA.—¡Lo veremos!

(*Simultáneo*).

PASO.—¡Es un insulto!

SAENZ.—¡Desmintámoslo!

LAPRIDA.—(*Timbre*). Nada adelantaremos si no hay calma y orden.

PEREZ BULNES.—Pido la palabra. La situación es angustiosa, según acaba de pintarla el señor diputado

Sáenz, pero no son, a mi entender, las pretensiones de un rey sin energía y sin carácter, el peligro más serio que nos amenaza; ¡ved las huestes realistas que avanzan del Perú, y que el bravo Güemes contiene apenas, para impedirles violar las fronteras!

MAZA.—Sí, y los pasos de los Andes que, cuando no podamos ya evitarlo, vomitarán las aguerridas tropas envalentonadas por la sangre de Rancagua, que enviará desde Chile Marcó del Pont.

PASO.—La tea de la guerra fratricida que enciende Artigas en el Litoral, es una más grave amenaza a nuestra integridad.

CABRERA y CABRERA.—Mayor peligro es para ella, la escandalosa supremacía de Buenos Aires que oprime los derechos de las demás provincias, aspirando a subyugarlas.

DIP. POR EL CENTRO.—¡Bravo!

DIP. POR Bs. As.—¡Es falso!

(*Simultáneamente y con exaltación*).

LAPRIDA.—(*Timbre*).

SANTA MARIA.—Pido la palabra.

LAPRIDA.—Concedida, señor diputado.

SANTA MARIA.—Bajo una faz tan legítima y quizás más elevada, me permitirá el señor Presidente que encare la cuestión vital que nos ocupa. La declaración de nuestra independencia debe ser, no sólo una valla a los peligros que nos amenazan; yo afirmo serenamente, y con profunda convicción, que siendo unánime la aspiración del país hacia la libertad de la tierra nativa, es nuestro deber sagrado e ineludible cumplir la natural y espontánea aspiración patriótica y no detenernos en consideraciones de un orden menos puro, que podrían desmerecer la augusta importancia de nuestro voto. ¡De-

clarémonos libres, no por temor, sino por imposición de nuestra conciencia!

TODOS.—¡Bien, muy bien! (*Aplausos insistentes*).

PRESIDENTE.—Observo que las opiniones de la Asamblea difieren sólo en cuestiones de detalle y que son unánimes en lo que se refiere a romper toda dependencia, con un esfuerzo titánico en pro del ideal. Creo, pues, inútil prolongar la discusión, y podemos proceder al voto.

ACEVEDO.—Una palabra aún, señor Presidente: no hay duda de que el camino que nos hemos trazado es el único que nos llevará al triunfo, pero ¿bajo qué régimen pondremos en pie de acción a este país nuevo y, por ende, expuesto a mil dificultades, nuevas también?

B. AIRES.—¡La República Unitaria!

DIP. CENTRO.—¡La Federación! (*Todos juntos*).

DIP. NORTE.—¡Un Rey nuevo! ¡Sólo un Rey!...

LAPRIDA.—(*Timbre*).

CASTRO BARROS.—El sistema monárquico lo impuso Dios al Pueblo de Israel y Jesucristo a la Iglesia.

Los Incas, despojados del trono de sus mayores, deben recuperarlo para salvarnos.

DIP. NORTE.—¡Bien, muy bien! ¡El Inca!

LOS DEMAS.—¡Nunca!

DIP. B. AIRES.—¡Abajo la monarquía!

DIP. DEL CENTRO.—¡Basta de reyes!

SERRANO.—Una mano de hierro lo arreglará todo: la democracia, en las actuales circunstancias, es la caída. Con mi opinión está la del benemérito general Belgrano.

GODOY CRUZ. — Y la del general San Martín, y la del Director General D. Juan Martín de Pueyrredón.

DIP. B. AIRES.—¡Jamás! ¡La libertad!

DIP. NORTE.—¡El Inca!

(*Gran tumulto*).

LAPRIDA.—(*Timbre*). ¡Señores! ¿Será necesario que os recuerde el respeto que debéis a este lugar?

SANTA MARIA.—Pido permiso al señor Presidente para retirarme de este Congreso que se extralimita de las facultades que los pueblos han delegado en sus representantes. Para la declaración de la forma de gobierno se requiere que los pueblos sean previamente consultados, y veo los votos de los señores diputados inclinarse al establecimiento ilegal de una monarquía.

FRAY CAYETANO.—Pido la palabra, señor Presidente, para hacer notar que volvemos a la misma discusión que, repitiéndose en todas las sesiones, nos impide llegar a un acuerdo: pesa sobre nosotros una gran responsabilidad, pues que en nuestra acción tiene el país cifrada su única esperanza.

LAPRIDA.—Apelo al patriotismo de todos, y de cada uno, suplicando a los señores diputados que sacrifiquen temporalmente sus opiniones sobre forma de gobierno, para dedicar íntegra la fuerza de su inteligencia y el viril ardor de su alma, a la sanción de nuestra libertad definitiva.

TODOS.—¡Sí, sí! ¡Aprobado! (*Aplausos*).

SANTA MARIA.—Lo exige el pueblo y lo impone el honor... Aunemos nuestros esfuerzos en un voto único: ¿Será Monarquía? ¿Será República?... ¡Mañana lo sabremos, cuando los pueblos sean consultados, y se pronuncien! ¡Bástenos por hoy que sea *Patria!*

TODOS.—(*Aclamación*). ¡Viva la Patria!

SAENZ.—¡Dios nos ilumina!

SACERDOTES.—¡Bendito sea!

LAPRIDA.—Señor Secretario: (*A Serrano*). Formulad la proposición para el voto.

SERRANO.—Señores diputados: a nombre y en representación del pueblo: ¿queréis que las Provincias de la Unión sean una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli?

TODOS.—(*Levantándose y aclamando con entusiasmo*). ¡Sí! ¡Sí!

SERRANO.—¿Juráis por Dios y estos Santos Evangelios, cumplir y sostener ésta, la voluntad de las Provincias, bajo el seguro y garantía de vuestras vidas, haberes y fama?

TODOS.—(*Extendiendo el brazo*). ¡Sí, juramos!

SERRANO.—¿Si así lo hacéis que Dios os lo premie; si no cumpliéis, Él y la Patria os lo demanden!

LAPRIDA.—Señor Secretario, reiterad individualmente las mismas proposiciones.

SERRANO.—D. Francisco Narciso de Laprida, diputado por San Juan, aprobáis el voto que habéis aclamado? (*Continúa haciendo la misma pregunta a todos los señores diputados en el siguiente orden*):

Dr. José Darragueira, dip. por B. Aires, Presidente; D. Manuel Antonio Acevedo, dip. por Catamarca; Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, dip. por Jujuy; Dr. Pedro Miguel Aráoz, dip. por Tucumán; D. Pedro León Gallo, dip. por Santiago del Estero; Dr. José Severo Malavia, dip. por Charcas; Dr. José Colombres, dip. por Catamarca; José Antonio Cabrera, dip. por Córdoba; Mariano Boedo, dip. por Salta; Fray Cayetano José Rodríguez, dip. por Buenos Aires; General José Ignacio de Gorriti, dip. por Salta; Eduardo Pérez Bulnes, dip. por Córdoba; Dr. Esteban Agustín Gazeón, dip. por Buenos Aires; Pedro Ignacio Ribera, dip. de Mizque; Dr. Pe-

dro Ignacio de Castro Barros, dip. por La Rioja; Dr. José Ignacio Thames, dip. por Tucumán; Dr. Juan Agustín Maza, dip. por Buenos Aires; Juan José Paso, dip. por Buenos Aires, secretario; Dr. Antonio Sáenz, dip. por Buenos Aires; Dr. Pedro Medrano, dip. por Buenos Aires; Dr. José Andrés Pacheco de Melo, dip. por Chichas; Tomás Godoy Cruz, dip. por Mendoza; Pedro Francisco de Uriarte, dip. por Santiago del Estero; Dr. Mariano Sánchez de Loria, dip. por Charcas; Luis Jerónimo Salguero de Cabrera, dip. por Córdoba; Fr. Justo de Santa María de Oro, dip. por San Juan, Tomás Manuel de Anchorena, dip. por Buenos Aires.

PASO.—José Mariano Serrano, dip. por Charcas, secretario, (*cada uno contestará afirmativamente*). (*Durante la actuación de Serrano, Paso demostrará escribir apresuradamente y anotando, con especialidad, el resultado de cada voto*).

LAPRIDA.—Invito a la Asamblea a pasar a cuarto intermedio, mientras el señor secretario Paso, redacta el acta solemne de esta memorable sesión. (*Salen todos excepto Paso, que queda escribiendo unos minutos*).

PASO.—Ya he concluído, y a fe que el entusiasmo ha dado alas a mi pluma. No recuerdo nunca haberme sentido presa de semejante ardor patriótico, después de aquellos tiempos en que fundáramos la “Sociedad de los Siete” y en que, con el malogrado Moreno, redactábamos las actas de la Primera Junta. ¡Oh, Moreno, cómo sentimos tu espíritu entre nosotros! Ahora sí, se ha cumplido tu afán: “¡Viva mi Patria, aunque yo perezca!” (*Aparece Serrano*).

SERRANO.—¿Habéis concluído?

PASO.—Sí, podéis entrar. (*Todos entran y ocupan sus lugares*).

LAPRIDA.—Señor Secretario, podéis proceder a la lectura.

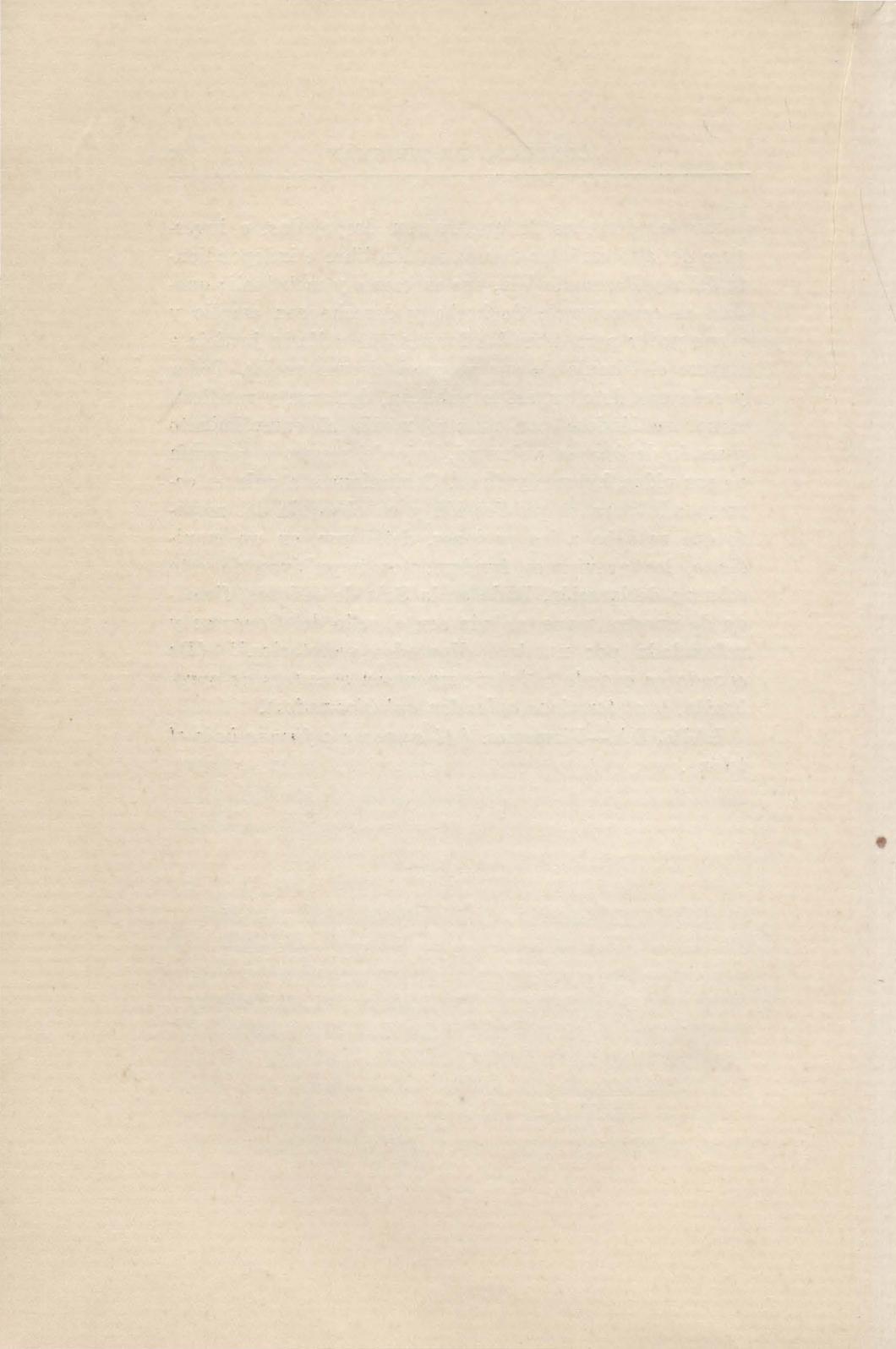
PASO.—“En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán a nueve días del mes de Julio de mil ochocientos diez y seis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande y augusto objeto de la independencia de los pueblos que la forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de su talento, la rectitud de sus intenciones e interés que demanda la sanción de la suerte suya, pueblos representados y posteridad. A su término fueron preguntados ¿si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli? Aclamaron primero, llenos del santo ardor de la justicia, y uno a uno reiteraron sucesivamente su unánime, espontáneo y decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente:

DECLARACION

Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sud América, reunidos en Congreso General, invocando al Eterno que preside el Universo, en nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del globo, la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente a la faz de la Tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recu-

perar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli; quedan en consecuencia de hecho y derecho con amplio y pleno poder para darse las formas que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas, así lo publican, declaran y ratifican comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de ésta, su voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállense, en un manifiesto, los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. Dada en la Sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros diputados secretarios." (*De cuando en cuando lo interrumpen con muestras de aprobación, y al terminar aplauden entusiasmados*).

LAPRIDA.—Firmemos. (*Al empezar a firmar baja el telón*).



España

Fantasia

(Aparece un niño, o niña, sin indumentaria especial, al que llamaremos Prólogo, y recita con naturalidad).

PRÓLOGO.—Porque hay españoles entre mis mayores, y porque aún cuando así no fuera, con ser argentino basta para sentir cariño a España, siempre me intereso por saber todo lo que se refiere a ella, y en estos últimos días he estado leyendo un libro de viajes que, precisamente por tratar de la Madre Patria me ha gustado muchísimo. Creía estar recorriendo los lugares descriptos y vivir entre los moradores como entre viejos amigos. Andaluces, vascos, baturros, payeses de Cataluña, ¡qué gente tan simpática!... ¡Si me parece que cierro los ojos y los veo hasta bailar!...

Hagan ustedes la prueba de cerrar también los ojos, y ¿a que los sugestiono?...

... ¡Que nó?... ¡Ya verán!...

Ahora... ¡vamos!... ¡cierren los ojos!...

¿No ven?... ¿no ven una pareja de baturros bailando la jota?...

ESCENA ARAGONESA

(Aparecen los bailarines convenientemente indumentados, bailan y desaparecen de nuevo).

PRÓLOGO.—¿Qué me dicen?... ¿los vieron o nó?... Y ¿a que ahora ven un patio sevillano?...

ESCENA ANDALUZA

(Se levanta un segundo telón y aparece el cuadro. Un baile con acompañamiento de guitarras, panderetas y castañuelas puede animarlo. Telón).

ESCENA CATALANA

(Van apareciendo en grupos, algunos niños con trajes típicos).

PRÓLOGO.—Ahora saltamos a Cataluña: ¡vean, vean a los payeses con sus gorras típicas, las *barretinas!*... Van a invitar a las *noias* — quiero decir a las mozas — y se ponen a bailar la *sardana*.

(Así este baile como alguna canción del "folklore" regional que puede agregarse, se conseguirá solicitándolo en una de las varias sociedades corales catalanas de Buenos Aires. Salen).

PRÓLOGO.—Ya se van convenciendo de que la imaginación hace milagros. En seguida me dirán qué les ha parecido la familia de vascos que voy a presentarles. Es el lechero don Martín Iguurrizar, que ha vuelto a su pueblo "buscando familia, después de tiempo de andar por los Buenos Aires, leche vendiendo, *menega* juntando... *(imítese el habla peculiar de los vascos, así en esta frase, como en la escena que seguirá).*

ESCENA VASCA

(Vuelve a alzarse el telón y aparece una familia vasca: padre, madre y dos hijos. El padre, con boina y al-

pargatas pero traje común, de ciudad; la madre y los hijos enteramente al uso vasco. El padre lleva una valija, y un tarro de los de repartir leche; los demás, canastos y fardos de ropa, para emprender viaje).

DON MARTÍN.—Listos marchando, mujer Graciana; hijo Martín chico; hija Gracianita; marchando pa América, que poder todos trabajar lindo, y aumentar familia, y ganar más pesos que cabellos teniendo cabeza; sí, sí.

MARTÍN CHICO.—Y algunos quedando pelaos tamién. (*Con aire hosco*).

GRACIANA.—No replicar tu padre. Yo tampoco tener buena gana dejando la tierra, pero familia siempre siguiendo jefe. (*Casi llorando*).

DON MARTÍN.—Después todos volviendo ricos visitar paisanos; regalando casa grande, para escuela “Lechero Martín”, aquí en pueblo.

GRACIANITA.—(*Quedándose arrinconada, y lloriqueando*). Vaquita “Manchada” quedando sola... Dissen que barco siendo tan grande, teniendo campo pa pastoreo. Padre, lleva tamién vaquita “Manchada”...

DON MARTÍN.—Ché, mujer Graciana, marchando en seguida con hijos: vamos, que si nó querer llevar Iglesia con torre y todo.

Allá en Argentina tener muchas vacas y rica leche llevando tarros, ché, Gracianita... (*Acariciándola*). Y este tarro que yo trayendo de allá pa dejar paisanos pasmaos, ahora pesando mucho.

MARTÍN CHICO.—Es que yo llenándolo leche de vaca de acá, pá ver en América cuál estar más buena, sí, sí.

DON MARTÍN.—¡Vamos, mujer!... Estos hijos llevando tamién “Arbol de Guernica”... ¡Andando, andando!... (*Salen todos*).

PRÓLOGO.—Bueno: ustedes, a lo mejor, sospechan que yo hago trampa, pero si no quieren creerlo, vayan a verlo.

Y mientras se preparan, escuchen unas estrofas de Serrano Clavero: ya verán como el poeta quiere a España tanto como yo.

MADRE E HIJA

¡España, la del león,
la de la rica diadema,
la del noble corazón,
la del glorioso blasón,
la del eterno poema!

¡España, la del destino
por lo sublime, divino;
la que a través de la historia
dejando va en su camino
constelaciones de gloria!

¡España, viejo sagrario,
nombre augusto y legendario,
patria-luz, alma-crisol,
que tuvo por siervo al sol
y al mundo por tributario!

... ..

¡Madre, madre! La Argentina
no ciñe la damasquina
cota de la edad guerrera,
pero en la quietud campera
con tus glorias se ilumina.

Con desinterés profundo
ofrece pan y calor;
sobre su suelo fecundo,
todas las razas del mundo
se confunden con amor.

Y es porque la vieja encina,
aunque sus ramas inclina,
no está abatida ni sola.
¡Es porque el alma argentina
no es más que el alma española!

(Telón).

COMEDIAS

COMEDIAS

Emancipación

Comedia en un acto

La acción en cualquier ciudad o pueblo de la República.
Epoca actual, en la semana de Fiestas Patrias).

PERSONAJES:

ROBERTO, 14 años.

EL PADRE.

EL COMISARIO.

LA MADRE.

DELIA (hermana de Roberto), 12 años.

SIRVIENTA.

Emancipación

ACTO ÚNICO

(Habitación en casa de familia distinguida. Mesa en que estudian los niños; sillas, sillones y accesorios a gusto y comodidad. Puertas laterales y al foro).

ESCENA I

Delia en la mesa, dibuja; Roberto, en un sillón, estudia

ROBERTO.—(*Leyendo*): “La Primera Junta estaba formada por don Cornelio Saavedra como Presidente; Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Matheu, Alberti y Larrea, como vocales; y Paso y Moreno, como secretarios”...

DELIA.—¡Cómo me gusta a mí la Historia!...

ROBERTO.—En estos días, sobre todo, es algo que entusiasma ¡de veras! Pero ¿sabes una cosa? Yo no acabo de entender bien cómo, en la escuela, y en casa mismo, pueden elogiar tanto a los criollos del año 10, que eran unos perfectos rebeldes, irrespetuosos, díscolos, inmoderados... (*Con énfasis*).

DELIA.—(*Interrumpiéndole*). Pero, hermano, ¿qué estás diciendo? ¿Se te pasó el patriotismo?

ROBERTO.—¡No! ¡Qué esperanza! Yo encuentro que los patriotas hicieron perfectísimamente; lo que te digo es que yo no entiendo a papá, ni a mamá, ni a la señorita y, perdona, pero creo que tampoco ellos se entienden: están predicando toda la vida el orden, la moderación, la obediencia (*imitando*) y salen después con

que los que hicieron todo lo contrario, eran una monada. ¿Qué me dices?

DELIA.—(*Titubeando*). Y... ¿Yo qué sé? ¡En tantas cosas sucede que ellos se entienden!... ¿Qué quieres que te diga?...

ROBERTO.—¡Ajá! ¡Así son siempre las mujeres! A todo dicen “Amén”. ¡No, señor! (*Dando un puñetazo en la mesa*). Yo mañana le pregunto a la señorita, y que me explique. No sabrá cómo salir del paso, eso ¡ni qué hablar!... Pero entonces me va a oír ¿eh? ¿qué se cree?

DELIA.—Pero Roberto, ¡por Dios! ¡Qué bárbaro!...

ROBERTO.—¡Bárbaro! (*Imitando con exageración*). ¡Ahí está!... ¡Bárbaro!... y aquellos ¿no eran “bárbaros”?... ¡Dime! (*Acercándose exaltado*).

DELIA.—¡Bah! (*Con fastidio*). Déjame tranquila: si tú eres loco yo no tengo la culpa. (*Sale*).

ESCENA II

Roberto, solo

ROBERTO.—Bueno: puedes irte. Total poco me ayudarás. (*Como refiriéndose a Delia*). Si las mujeres siempre son así: lo que tienen es miedo, ¡nada más que miedo! (*Recalcando. Se pasea un rato preocupado*). ¡Ya está! ¡Ya tengo mi plan! La culpa es de los que quieren oprimir, tiranizar a la juventud, consciente de sus derechos (*con petulancia*): si yo me impongo y me rebelo, es en la plena posesión de esos derechos. ¡Quiero hacer mi voluntad!... ¡Oh, próceres de Mayo! (*Declamatorio*). ¡Me inspiro en vuestro ejemplo! Si mi mala estrella no me ha hecho nacer, como a vosotros, en una época propicia a grandes empresas, trabajaré, de momento, en provecho propio, y quizás este ensayo me sirva para acome-

ter en el porvenir alguna hazaña gloriosa... (*Se pasea. Por el foro, aparece el padre: oyéndolo, se detiene y queda semi-oculto, hasta el final de la escena*).

Bueno: hoy hablo a papá; mañana a la señorita, y les canto la cartilla. Si son razonables y me devuelven la soberanía que usurpan, quedamos amigos. Si se las dan de Cisneros o de Fernandos Séptimos, peor para ellos: me voy de casa, y... ¡sanseacabó! Total ya me busqué un empleo, así que me basto a mí mismo. (*Vuelve a pasearse un rato*).

De todos modos, yo preferiría no llegar a la violencia, porque es claro, uno toma cariño a la familia, y... dejarlo todo... Después, mamá, que de nada se aflige, que siempre está con tantos cuidados, tantas cositas... (*Se va enterneciendo y saca el pañuelo para secarse los ojos*). No se qué tengo en los ojos: cualquiera diría que estoy llorando. Es de tanto leer, o quizá un poco de aire; quién sabe!... (*Se sienta un rato*).

¡Bah, hay que resolverse! Total, ya no voy a cambiar mis convicciones. Terminaré de estudiar la Historia, en el jardín, y en seguida, a hablar a papá"... (*Sale por la puerta lateral*).

ESCENA III

(*El padre entra sigilosamente; va hasta puerta lateral, por donde salió Roberto, para cerciorarse de que no vuelve*).

PADRE.—(*Caminando hacia la mesa*). ¡Bravo! Estamos en plena fiebre emancipadora. ¡Muy bien! Habrá que darle una leccioncita al revolucionario ese. (*Toca un timbre y se sienta en un sillón a leer el diario*).

ESCENA IV

El mismo, y sirvienta

SIRVIENTA.—(*Entrando*). ¿Llamaba, señor?

PADRE.—Sí: a la señora, que si puede venir un poquito.

SIRVIENTA.—(*Iniciando el mutis*). Bien, señor.

PADRE.—Oiga: procure que los niños no se enteren ¿eh?, pero a la señora no la alarme, que no es nada grave.

SIRVIENTA.—Bueno, bueno, señor. (*Sale*).

ESCENA V

El Padre y la Madre

MADRE.—(*Entrando*). ¿Qué pasa, que me llamas con tanto misterio?

PADRE.—Nada: ya dije que no te alarmaras. Siéntate. (*La señora se sienta*). Resulta que a Roberto lo ha entusiasmado el asunto de la independencia, y ha resuelto “emanciparse”. (*Riendo*).

MADRE.—¿Cómo? ¿Emanciparse?

PADRE.—Así: como lo oyes: (*Recalcando*). ¡Eman-ci-par-se!

MADRE.—¡Qué criatura!... Pero ¿dónde está?...

PADRE.—Aquí en casa. Toma cualquier labor por si viniera. Que no vea que conferenciamos. (*La señora se levanta y toma un tejido que estará sobre un mueble*).

MADRE.—Bueno, acaba: ¿qué hay? ¿qué te ha dicho?

PADRE.—No me ha dicho nada, todavía, pero yo entraba a buscar el diario y lo oí monologar muy exaltado, Entonces me escondí y escuché: está resuelto a “entablar negociaciones solicitando su emancipación” y, en ca-

so de que nos empecinemos en negársela, dándonoslas de “Cisneros” o de “Fernandos Séptimos” — son palabras textuales — ¡se irá de casa!

MADRE.—(*Alarmadísima*). ¡Por Dios! ¡Qué disparate!...

PADRE.—Nó, no te asustes, porque resulta que, aunque es muy valiente, el cariño de la familia y, sobre todo, lo que tú sufrirías, lo acobarda un tanto...

MADRE.—(*Interrumpiéndolo*). ¡Pobre, mi hijo!... si él no se irá... ¿qué iba a hacer? ¡Si siempre ha estado conmigo! (*Se levanta*). ¡Yo voy a hablarle!...

PADRE.—(*Haciéndola sentar de nuevo*). Nó, señora. (*Afectuosamente*). Usted no le va a decir ni media palabra y va a dejar a su marido que le dé una lección un poco severa al joven sedicioso.

MADRE.—Pero... puede sucederle algo... los hombres todo lo arreglan con “severidades”. Nó, señor: soy yo quien tiene que hablarle. (*Nueva levantada y nueva orden de no moverse*).

PADRE.—(*Enérgico*). ¡He dicho que no debes decirle nada! No vamos a tener un disgusto nosotros, que necesitamos aliarnos para librar batalla contra nuestro hijo: hoy su travesura no es más que una fantasía de chiquilín, pero si no la reprimimos, mañana puede ser algo más serio.

MADRE.—(*Sumisa*). Bueno: ¿qué hay que hacer? (*Se oye silbar desde afuera*).

PADRE.—Calla, que viene; déjanos solos con disimulo, y está tranquila que no le pasará nada.

ESCENA VI

Los mismos y Roberto

ROBERTO.—(*Entrando*). Mamá: manda tía Elisa a buscar esas muestras de crochet que le ofreciste.

MADRE.—(*Levantándose*). ¡Ah, sí! Ya se las doy. (*Sale*).

ESCENA VII

El Padre y Roberto

(*El padre sigue leyendo el diario; Roberto, nervioso, quita una cosa de un lugar para ponerla en otro, pero la vuelve a dejar en el mismo; da unos pasos hacia el padre y se vuelve, etc., con muestras de indecisión. El padre lo ha mirado dos o tres veces, pero como Roberto no lo ha abordado, ha seguido leyendo sin darse por entendido*).

ROBERTO.—(*Resolviéndose*). ¡Papá!...

PADRE.—(*Levantando la vista*). ¡Hijo?

ROBERTO.—(*Muy cortado*). Este... papá... yo quería decirte... este... que como los patriotas se declararon independientes... ¿sabes?

PADRE.—(*Como sin comprender*). ¡Cómo no voy a saber! Pero ¿vamos a estudiar Historia, ahora? ¡Qué curioso!...

ROBERTO.—(*Tragando saliva y rascándose la cabeza*). Nó, es que, yo te iba a decir, que, siempre que a ti te parezca bien...

PADRE.—(*Zumbón*). ¿Que los patriotas se hubieran independizado? ¡Magnífico, me parece, hijo; una hazaña colosal!... ¡Cómo no!...

ROBERTO.—(*Cada vez más desazonado*). Bueno, tú no quieres entenderme; yo no digo eso...

PADRE.—¡Ah! ¿no era lo de la independencia de los patriotas que querías contarme? Entonces habla, hijo, explícate, a ver si me doy cuenta.

ROBERTO.—(*Casi por llorar*). Es que te estás haciendo el desentendido por embromarme, pero, mira (*resuelto*) quiero decirte que necesito independizarme yo también, como los patriotas. ¡Ahí está! ¡ya lo dije ahora!

PADRE.—(*Siempre zumbón, fingiendo extrañeza*). ¿Cómo? ¿Vuelven a gobernar los españoles? ¿No somos libres?

ROBERTO.—(*Desesperado*). ¡Que yo no quiero que nadie me mande! Que ya no soy un niño y tengo conciencia de mis derechos, así que quiero hacer mi voluntad! (*Como avergonzado de su osadía, en voz más baja y mirando al suelo*). Así que si tú me das permiso de ser libre...

PADRE.—(*Como formalizándose*). ¡Hombre, acabáramos! Recién te vas explicando. (*Como hablando consigo mismo*). Es muy justo, ¿cómo no! ¡más que justo!... (*Se pasea*).

ROBERTO.—(*Aparte, con alegría y sorpresa*). ¡Qué bien me está saliendo!... ¡Y yo que creí que se pondría furioso!...

PADRE.—Bueno: me someto a la fuerza de las circunstancias, y te declaro “emancipado” previas algunas condiciones y formalidades. Espero que me concederás este derecho, ¿no?

ROBERTO.—(*Con aplomo*). ¡Por concedido!

PADRE.—Bien: preparemos el pliego de condiciones. Eso, si tú no prefieres presentarme tu “ultimátum”.

ROBERTO.—(*Indeciso*). No había pensado en eso...

Nó; mejor es que las pongas tú mismo. De todos modos yo te tengo más confianza de la que tenían los criollos al Cabildo. ¡Qué comparación!

PADRE.—Tantas gracias por la lisonja, pero mejor será...

ROBERTO.—¿Qué?...

PADRE.—¡Nada, nada! Vamos a escribir.

ROBERTO.—(*Tímido*). No hay necesidad. Basta con que me digas lo que deseas...

PADRE.—¡Ah, bueno; como quieras!... (*Lo que sigue con solemnidad*).

1º Te comprometes ante todo, a buscar trabajo con qué proveer a tus gastos.

ROBERTO.—¡Por supuesto! Hoy mismo empezaré a trabajar: ya tengo empleo.

PADRE.—¡Ajá!...

ROBERTO.—Pero... ¿dejo la escuela?...

PADRE.—Amigo, esa es cuenta tuya.

ROBERTO.—Bueno, veremos si me da el tiempo.

PADRE.—2º Continuarás en casa hasta tanto encuentres una pensión a tu comodidad.

ROBERTO.—(*Sorprendido*). ¡Ah! ¿Tendré que vivir afuera?...

PADRE.—Siempre que no prefieras someterte a nuestras costumbres: ya sabes que se come a horas establecidas, que no se puede retirar demasiado tarde... en fin, como querías ser libre...

ROBERTO.—¡Bah! yo estoy aquí muy bien; no necesito venir fuera de hora.

PADRE.—¡Encantado! Adelante. 3º La provisión, arreglo y lavado de ropa, correrá enteramente por tu cuenta.

ROBERTO.—¡Cómo! ¿Qué se yo de todo eso?

PADRE.—Tú te arreglarás: es de rigor que así lo hagas.

ROBERTO.—(*Resignado*). Bueno: me arreglaré.

PADRE.—4º Cualquier cuestión, pleito o pendencia que se te suscitare con extraños, deberás dilucidarla directamente, o recurriendo a las autoridades legales.

ROBERTO.—¡Ah!... Pero tú comprendes que muchas veces puedo encontrarme sin saber lo que debo hacer, y... las autoridades no me atenderán si tú no me acompañas o me recomiendas.

PADRE.—(*Con cierto desdén*). Cuando los patriotas se emancipaban no tenían esos temores infantiles.

ROBERTO.—(*Con arrogancia*). ¡Aceptado! Yo no tengo miedo tampoco.

PADRE.—Además, yo puedo darte por escrito una declaración de mi consentimiento...

ROBERTO.—¡Natural! Entonces ya me animo. Sigue.

ESCENA VIII

Los mismos y Sirvienta

SIRVIENTA.—(*Desde la puerta*). Señor...

PADRE.—Adelante.

SIRVIENTA.—(*Entrando con una tarjeta*). Esta persona desea hablar con usted.

PADRE.—(*Mirando la tarjeta*). ¿El Comisario? (*A la sirvienta*). Que pase. (*Sale la sirvienta*).

ESCENA IX

Padre y Roberto

PADRE.—(*A Roberto*). Bueno: ahora me dejas un

momento; ya hablaremos para concluir.

ROBERTO.—Sí, sí; atiende, papá. (*Sale por el lado contrario*).

ESCENA X

Padre, Sirvienta y Comisario

SIRVIENTA.—(*Desde la puerta*). El señor Comisario. (*Mutis sirvienta*).

ESCENA XI

Padre y Comisario

PADRE.—Adelante, Comisario.

COMISARIO.—Con permiso.

PADRE.—(*Adelantándose a recibirlo y saludándolo como a un conocido*). ¡Tanto gusto!

COMISARIO.—(*Ceremonioso*). ¿Cómo está, señor?

PADRE.—Muy bien, gracias. Hágame el obsequio de sentarse, y dígame en qué puedo servirle.

COMISARIO.—Me trae una misión algo desagradable, señor, y empiezo pidiéndole disculpa por el mal rato que, involuntariamente, he de proporcionarle. Yo también soy padre, y me doy cuenta de su situación.

PADRE.—(*Inquieto*). Usted me alarma: ¿qué le pasa a mi hijo?

COMISARIO.—¿No sabe usted nada? Vea que habla usted al amigo, y no al funcionario, y que cualquier ocultación dificultaría mis gestiones amistosas.

PADRE.—(*Con dignidad*). No sé absolutamente nada, señor. Le ruego que deje todas las consideraciones a un lado y hable sin ambajes.

COMISARIO.—Esta mañana llegó a la oficina la denuncia de una importante falsificación de documentos. Iniciadas de inmediato las averiguaciones, resulta seriamente complicado un hijo suyo llamado Roberto.

PADRE.—(*Asombrado*). ¿Será posible? ¡Qué barbaridad! (*Llamando*). ¡Roberto!

ROBERTO.—(*Entrando*). Papá, ¿qué hay?

PADRE.—(*Muy alterado*). El señor Comisario, que viene a buscarte.

ROBERTO.—(*Con sorpresa*). ¿A mí? ¿Por qué?

PADRE.—(*Severo*). Tú sabrás.

ROBERTO.—(*Con dignidad*). ¡Papá! ¡Yo no he hecho nada!... (*El padre se deja caer como anonadado en una silla. Roberto intenta abrazarlo, y él lo rechaza con violencia*).

PADRE.—¡Déjame! ¡Nunca hubiera esperado esta vergüenza!...

COMISARIO.—¡Cálmese, señor, y permítame interrogar a este niño. O mi experiencia no vale nada, o aquí hay algo que aclarar, pues él tiene todo el aspecto de ser sincero. (*Saca unos papeles: padre e hijo se acercan a mirarlos*). Dígame, amigo (*a Roberto*), ¿esta letra es suya?

ROBERTO.—(*Con entereza*). ¡Sí, señor!

PADRE.—(*Ansioso*). ¿Y eso?...

COMISARIO.—Un momento, señor: no lo turbe. (*A Roberto*). ¿Por orden de quién escribió esto? (*Roberto mira al padre y al Comisario alternativamente muy turbado*).

PADRE.—(*Con violencia*). ¡Habla! ¡No calles nada! ¡Habla!...

COMISARIO.—Eso es: explíquese confiado, que todo saldrá bien; hable.

ROBERTO.—(*Resuelto*). Bueno, vean lo que pasó: como yo tenía la idea de independizarme (*el Comisario mira sonriendo al padre, quien le hace seña de que lo deje seguir*) pensé en buscarme empleo, y, conversando el otro día, un compañero de la escuela me dijo que a él le habían ofrecido un trabajo, pero que no pudo hacerlo porque tiene mala letra. Como la mía es bastante buena —aunque no debiera decirlo,—pensé que quizás a mí me aceptarían. El chico me acompañó a una cigarrería y me presentó a un hombre. Este me recibió muy bien, me probó la letra en todas formas y tamaños, y quedó conforme. Entonces me dijo que volviera a la tarde, y me recomendó mucha reserva, porque dijo que había otros interesados; pero que como yo le había sido muy simpático, me guardaría el empleo.

PADRE.—¡Canalla!...

COMISARIO.—(*A Roberto*). ¿Le ofrecieron sueldo?...

ROBERTO.—Nó; dijo que cuando empezara el trabajo se me daría un tanto por página. Cuando volví, había otro hombre que también me cumplimentó, me llenó de elogios y hasta quiso hacerme fumar, pero yo no acepté. Me dió a copiar una escritura, que es la que el señor Comisario tiene en la mano, y me pagó diez pesos, volviendo a recomendarme un secreto absoluto. Yo le pregunté si no tenía que ir a la oficina para trabajar, pero me dijo que nó; que él era empleado en una escribanía, pero que le daban demasiado recargo y que necesitaba hacerse ayudar, así que me seguiría llevando allí lo que yo hubiera de copiar. Acepté muy contento (*con altivez*), pero yo no sabía que era nada malo, señor Comisario, ¡se lo juro! (*Al Padre*). ¡Perdón!, ¡perdón! (*Se echa en sus brazos, y el padre lo estrecha muy conmovido*).

COMISARIO.—(*Levantándose*). Perfectamente aclarado todo. Tengo una gran satisfacción en comprobar la inocencia absoluta de este niño, y quedo enteramente a disposición de ustedes.

PADRE.—(*Estrechándole las manos con efusión*). Un millón de gracias, Comisario: la rectitud y la bondad de su proceder, obligan mi agradecimiento para toda la vida.

ROBERTO.—(*Tomándole la mano entre las suyas, en seguida que el padre termina de hablar*). ¿No me llevarán preso, señor? ¿usted me defenderá?

COMISARIO.—(*Con bondad*). Sí, hijito, yo lo defenderé: no tema nada. Solamente que tendrá que repetir su declaración para el sumario.

ROBERTO.—(*Ansioso*). ¡Papá, por favor! ¿tú me acompañarás? ¡Yo no quiero ser ya libre nunca más! ¡nunca más! (*Se arroja nuevamente en sus brazos*).

PADRE.—(*Al Comisario*). Pues sí, señor Comisario: este caballero, donde usted lo ve, deseaba emanciparse y yo, para hacerle palpar lo absurdo de su fantasía, consentí en ello no suponiendo, sin embargo, que tan pronto, y con tal severidad, se encargaría él mismo de castigarse.

COMISARIO.—Todo se arreglará; buenas tardes.

PAD. y ROB.—Buenas tardes (*acompañándolo*) y mil gracias, señor. (*Sale el Comisario*).

ESCENA XIII

Roberto y el Padre

(*Entran abrazados. El padre se sienta en un sillón, en primer término; Roberto, hincado, apoya la cabeza en los brazos, sobre las rodillas del padre, llorando en silen-*

cio. El padre con la mano sobre su cabeza en ademán protector, habla con emoción).

PADRE.—Llora, Roberto, que tus lágrimas dicen mucho en tu favor. Eres valiente, eres honrado y bueno. Yo confío mucho en ti, y estoy orgulloso de tener tal hijo. Hace un momento me dijiste que no querrías emanciparte nunca, y eso no debes repetirlo. Tú te emanciparás, por supuesto, pero cuando llegue tu hora; te emanciparás, como cae del árbol el fruto maduro, y como deja su nido el pájaro que tiene alas fuertes para volar... Ahora, Roberto, no es tiempo aún. Nuestros antepasados, en la epopeya grandiosa de la emancipación nacional, tuvieron como tú, ideales nobles y alma apasionada; como tú, sufrieron también errores y desengaños.

Para cuando tu reflexión y tu criterio, nutridos por la lectura de nuestros grandes historiadores se impregne de toda la hermosa poesía de aquella época inmortal, recién comprenderás la enorme ingratitud que encerraba tu rebelión de hoy.

ROBERTO.—(*Levantándose*). ¡Papá, perdóname, te lo pido otra vez!

PADRE.—¡Sí, hijo mío: con toda mi alma! (*Se levanta, pasa el brazo alrededor de su cuello e inician ambos el mutis, por puerta lateral*). Vamos a conformar a tu mamá.

Las escarapelas

Sainete en un acto

(El escenario representará un patio de conventillo. Es cerca de medio día, y los chicos de los diferentes vecinos se aprestan para el desfile escolar. Es 9 de Julio. Epoca actual.

PERSONAJES:

Doña JOAQUINA	Catalana
Doña BERTA	Rusa
Misia PETRONA	Criolla
PEPITA, 12 años	} Hijos de doña Joaquina
AMADEO, 8 años	
DORA, 10 años	} Hijos de doña Berta.
REBECA, 9 años	
ABRAHAM, 6 años	

Las Escarapelas

ACTO ÚNICO

Escena Primera

(En primer término, izquierda, misia Petrona está sentada, pelando papas, junto a un brasero y frente a una puerta que representa su pieza. Es gorda, tipo achinado, cabello blanco).

(A la derecha, frente a otra pieza, una tina o batea en que lava doña Joaquina: es joven y lista; viste con mucho aseo, bata bien entallada. Habla con marcado acento y entonación peculiar: elijase para este papel, una niña que haya oído a catalanes. La misma observación para quien encarne a doña Berta: debe estar familiarizada con las modalidades israelitas. Esta última tiene su pieza hacia el foro. No aparece hasta que se indique).

JOAQUINA.—*(Cantando a gritos con voz de garganta)*.

Sufra y aguanta
Tinga pasiensia
Ca con pasiensia
sa gana'l cielu...

PETRONA.—*(Riendo)*. ¡Ajá! ¡qué me dice, vecina! ¿también hay tangos en su repertorio?

JOAQUINA.—¡Ay, pur Dios, misia Patrona! ¡no sa lu vaya a tumar a mal! Miri ca yo no hi caridu tirarli dinguna andirecta.

PETRONA.—¡Qué ocurrencia, doña Joaquina!...

JOAQUINA.—Es ca ió, aquí donda usté ma ve, no

sé da letra, paró lu qu'es educación, *modus*, comu da-simus allá'n Barsalone esu sí ca no ma faltan. An ma vida hi perdidu l' respetu a dinguno: como ca ma digu Cuagina.

PETRONA.—Lo creo, señora, ¡cómo no!

JOAQUINA.—Es e'a veces una canta, no parqué an tinga muchas ganas ¡eh?

A hoy la Papita y l'Amadéiu m'han puestu la cabeza com'un bombu. y auhora, después ca'ls hi ay dadu l'almuersu, als'hi dajadu astar y man'hi vanidu a la bateia da tan aburracida, a cantar al "*sufra*"...

PETRONA.—Pero ¡qué le hacen, pues, sus hijos, doña Joaquina?

JOAQUINA.—Si li tengu da ser franca, ni ió misma lu sé. No es e'haigan hechu ninguna maldat: daclaman versus; astudian un libru e'an disan l'Astoria; no escuchan nada de lu e'als digu; no s'acaban nunca da vistir ni ma dejan arracler la piesa... Anfin, ca'stán astúpidus, ¡saba?

PETRONA.—La considero, vecina, porque yo hoy, temprano, he estao con las mismas, preparándole la ropa a m'hijo Hétor, que es coscrito y tenía que presentarse en el cuartel a las ocho. Nada encontraba bastante bueno para ponerse hoy, y ¡andaba con unos niervos!... Le garanto que m'almareó.

Pero no l'extrañe: es el entusiasmo patriótico. (*Se oyen gritos en la pieza de doña Berta: un chico llora*).

¡Sienta, sienta, doña Joaquina! También hay jarana en la pieza de la rusa.

JOAQUINA.—¡Válgame Dios! ¡Bien dísan aquellu da e'an todas partas sa cuesan habas!... (*Por los gritos que continúan. Gritando*). ¡Papita!... ¡Amadéiu!... (*Sin dejar de lavar*).

VOZ.—(*Desde adentro*). ¿Qué?...

JOAQUINA.—Cá manda usté, sa dise, ¡urdinarie!... Ca no s'antratengan más, hijus mius... c'harán tarda!...

VOZ.—En seguida vamos a vestirnos.

Escena segunda

(Las mismas, doña Berta y Abraham. Después Dora y Rebeca. Doña Berta va en chancletas y despeinada, sin extremar la nota del ridículo; pañoleta o capa tejida. Abraham sale corriendo).

BERTA.—(*Saliendo*). ¡Venga, Abrahamecitos; ti voy dar un boina palisa, si no venga! ¿Sienta qui'stá qui ti yama? (*Se saca una chancleta y lo persigue*). ¡Sin vergoinsa, ti voy matar, bandido!... ¡Turante! ¡Fejate qui pasa chico mala!...

JOAQUINA.—¡Ay, pubrasitu! ¡Vamus, ca no lu hará más!... (*Protegiéndolo*).

PETRONA.—¡Dejeló, doña Berta, ya va'ser bueno!

BERTA.—Esta hijo istá cada ves más malo qui antes qui ahora. Ti voy dar lo vajalantes, si busás pasiensia de la madre de vos; ista vajalantes qui hace la servicio di l'esquina di la mercadito di D. Jacoibos. ¡Salga pir adentro buscar l'iscrapela noiva qui está di hermana Ribecas! ¡vaya lievarla, ti digo!... (*Vuelve a amenazarlo*). ¿Sienta, Abrahamecitos?...

ABRAHAM.—¡Está lo de ella! (*Se esconde detrás de doña Joaquina*).

BERTA.—¡Cómo qu'istá lo de ella! ¡Sin virgoinsa! ¿Pirquí vas goirdarte in ditrás di la pirsona? (*Cambian-*

do de tono). ¡Mijor qui salga pir adentro, quiridos, e vaya lievar iscarapela noiva qui istá di la hermana di vos, quiridos. (*Amable*).

ABRAHAM.—Bueno, pego, yo quiego llevar otra paga mí, lo de don Jacobo.

BERTA.—Boino, venga, que la madre di Abrahamcitos no istá la fiera di Palermos, e li dieja lievar la negocio de don Goldimberg qu'istá qui vende más barata l'iscrapela. (*Se lo lleva de la mano*). ¡Venga, quiridos!, salga pir adentro, ti voy dar la monieda.

E no t'inojies, vicinas; no ti creas qui Berta istá mo-
jier mala, porque tuvió la disguiusto con hijos de eya,
qu'istán candidatos de la manicomio. ¡Discolpa! (*Mutis
hacia el foro*).

JOAQUINA.—¡No hay de qué!

PETRONA.—¡Qué ocurrencia!

JOAQUINA.—¡Pobre sañora!

PETRONA.—¡No le dije que era el entusiasmo pa-
triótico?

BERTA.—(*Llegando al foro*). ¡Qu'istán piliando?
(*Sigue escena muda; durante la misma Dora y Rebeca
estarán frente a su pieza, ya con delantal blanco, lustran-
do los zapatos con precipitación, arrebatándose una a
otra los utensilios y con gritos sueltos. “¡Soltá!” “¡Sa-
lí!” “¡Dejame!”*, etc. *Pepita y Amadeo se habrán aso-
mado varias veces a la puerta de su habitación, a medio
vestir, riendo de la escena, pero la madre por señas, les
habrá impuesto silencio y hecho entrar. Todo muy mo-
vido*).

Escena tercera

(Las mismas y Pepita)

PEPITA.—(*Apareciendo con uniforme*). ¿Estoy bien, mamá?

JOAQUINA. — Arrigular. (*Examinándola*). Y... ¿qu'has hechu? ¿Ca t'has puestu polvus?

PEPITA.—Un poco; me pasé el cisne.

JOAQUINA.—¡Ay, grandísima! ¡Camina a lavarta la cara an saguida! Tudavía an tienes par un tiempu d'ampulvarta. ¡María Santísima!... ¡Si ta ve tu padra!... (*Mutis Pepita*).

Y traie el paine, qu'esta raia astá toda tuerta. (*Durante esta conversación misia Petrona habrá entrado y vuelto salir de su pieza como preparando el almuerzo, doña Berta habrá estado peinando y arreglando a sus hijos. Abraham habrá cruzado el escenario, saliendo por puerta lateral*).

Escena cuarta

(Los mismos, Pepita y Amadeo)

AMADEO.—(*Saliendo*). Yo no encuentro mi escarapela

JOAQUINA.—¡Ay! ¡Otra funsión comu la dal rusitu!... ¡Papite! ¡Traie l'escarapela de l'Amadeiu, c'astá an al cajón d'arriba la cómoda!...

PEPITA.—(*De adentro*). ¡Bueno, mamá!

JOAQUINA.—¡Y apúrata, vamos!

PEPITA.—(*Saliendo*). Aquí está el peine, y la escarapela. ¿Estoy bien ahora?

JOAQUINA.—¡Vaní! (*La peina*). Buenu: ya'stás. ¿Tú también an tienes d'ascarapela?

PEPITA.—Tengo un moñito; vea.

JOAQUINA.—¡Ah, sí! Estu es más sañor. (*A Ama-*

deo). Vaní ca t'arreclu a vos. ¿Las urejas están limpias? (*Mirándolo*).

AMADEO.—Sí, ya me lavé.

JOAQUINA.—Bueno; también tienes mal la raia. (*Lo peina*). Y d'estas uñas ¿qué m'an disas? ¿Da qui llevan lutu?...

AMADEO.—Bueno; me las limpio.

JOAQUINA.—¿Sí, sí, anda! (*Mutis Amadeo*).

PETRONA.—¡También, usted los quiere como pim-pollitos!

JOAQUINA.—¡Ah, sí señora! La hija de mi madra pudrá tener todus los defectus ca sa quiera, paró lu qu'es de susia, non'es, nó.

BERTA.—(*Avanzando a primer término*). ¿Ya istán vistidos los hijos di usté, donia Joiquina? ¿Poiden ir con Dorita y Ribecas todas jointas in mismo tiempo? (*Vuelve Amadeo, mirándose las uñas*).

JOAQUINA.—Sí, señora, sí! Para mí ca vaian, paró con juisio, ¿eh? Tú, Papite, ca eras la maior, tenlus cuidadu. Y tú, Amadeiu, nu hagas al damoniú... (*Vuelve Abraham poniéndose la escarapela, que será grande y vistosa*).

BERTA.—¡Qui bien qui istás, así riglado, quiridos! ¡Istas mucho mijior como antes! (*Lo acaricia*). ¡Doga!... ¡Ribecas!... ¡Viní, hijas, boiscar chiecos visinos!... ¡Doguita!... ¡Ribecas!...

ABRAHAM.—¡Yo quiego venir a la escoila con Doga!

DORA.—(*Llegando con Rebeca*). ¡No puedo llevarlo! ¡la directora no quiere!

JOAQUINA.—(*A Abraham*). Calla, tontu, ca ahuora pasarán todas las esecuelas y saliremos a verlas.

BERTA.—Sí, cayate, Abramcitos, qui istá como dise elia. ¿Ti guiusta, escarapela, quiridos?...

PETRONA.—Todavía es un poco temprano. ¿Por qué no ensayan el Himno, a ver si lo cantan bien? (*A las niñas*).

TODOS.—Bueno.

PETRONA.—Pero nosotras también nos pondremos insinia (*a las mamás*) dándoles un pedazo de cinta argentina.

JOAQUINA.—¡Ay, sí, sí!

BERTA.—¡Comi no, siniora!

(*Cantan todas, incluso las mamás y misia Petrona.*

Mientras tanto, baja el telón).

El Retrato de la Patria

Diálogo

PERSONAJES:

DON LAUREANO, 70 años, paisano criollo.

DON GIUSEPIN, 50 años, peón italiano.

(La acción en una cocina de estancia, al atardecer del día 25 de mayo. Epoca actual).

(Aparecen sentados junto al fogón, que estará en medio de la cocina.

El Retrato de la Patria

D. LAUREANO.—(*Cebando un mate*). Medio flojosos los mosos de áura, don Giusepín: se lo garanto. (*Brindándole un mate*). Sírvase.

D. GIUSEPIN.—E ben, le harremo del gasto. (*Lo toma*).

D. LAUREANO.—¡En mis tiempos, la carrera de sortija!... ¡viera, amigo, la diferenciencia con la de hoy! Si empiesan por la manera d'endomingarse. ¿No vido a los hijos de mi compadre Fulgencio, vestidos de cajetiya? ¡Al ñudo que quieran montar así en un flete como los de entonces! Si entuavía han de venir los puebleros a correr la sortija en antomóvil!

D. GIUSEPIN.—(*Devolviéndole el mate*). ¡Eh!... Se ven tante cose... (*Hace visajes*).

D. LAUREANO.—Me está pareciendo que usté es gringo pa'l mate... ¿Se quemó?

D. GIUSEPIN.—¡Ma nó; é que l'era un pó amargo!

D. LAUREANO.—Dejuro; si es cimarrón. (*Riendo*).

D. GIUSEPIN.—¡Eh, ben: cada uno con la súa costumbre! Lo creoyo con lo mate e lo chorrasco; e lo italiano...

D. LAUREANO.—Con el *bon vin* y los tayarines.

D. GIUSEPIN.—¡Sicuro!... Se lo dico mí si l'é bon vin cuelo de l'Italia. Ostede, aquí, tiéneno de lo veleno in veche del vin; per eso monta in sú de la cabeza.

D. LAUREANO.—Vea don, todos los estranjis desprecen lo d'esta tierra, sin tener en cuenta qu'eya les

da el pan; pero naides ofiende a la Patria delante de un crioyo de lay. ¡Acuerdesé!

D. GIUSEPIN.—Ma osté si levanta propio como la leche qu'istá inta'l fuego. Io non dico meno qu'in América s'incóntrano de le cose buone, ma ío le deciba del vin. E vea don Lurreano, se osté ne prova un solo biquier, osté diventa italiano.

D. LAUREANO.—(*Enojado*). ¿Yo, gringo? ¡no embrome, don!

D. GIUSEPIN.—(*Con convicción*). Diventa italiano, se lo dico mí.

¡D. LAUREANO.—(*Algo picado*). Vea, don Giusepín: nosotros semos amigos dende hace años; por eso que le aguanto esas bromas pesadas. ¡A cualquiera le permite Laureano Sosa que le acompañe con un gringo...

Creamé, si no quiere que s'acabe mi pacencia, rumbee pá otro lao con el carrito e su charla.

D. GIUSEPIN.—Ma non sia minga cosí (*palmeándole el hombro*); noialtre dúe non podemos enocarse. Io son arribato a l'instancia pién de miserria, e osté m'ha hecho dare de l'hospitalité e del trabaco; ío le tengo sempre de la riconoschensa. M'escusi per cielo que ho dicho senza mala intencione.

D. LAUREANO.—(*Disimulando la emoción*). ¡Bah! No es nada. Y ni s'acuerde que me debe favores. ¿Por si acaso no me alcanzó usted también una cuarta pa salir de más de un pantano?

D. GIUSEPIN.—E ben, cosí suchede anque frá l'Argentina e le paise stranieri: uno se aiuta a l'altro, ¡come no!...

D. LAUREANO.—Sí, pero ustedes andan güelta a

güelta alabándose de lo suyo, y... la sangre crioya hirve. (*Cordial*). ¿Otro matesito? Aura es con azúcar.

D. GIUSEPIN.—¡Ah, cosí está mecor! Venga lu mate, e ¡viva l'Arquentina!...

D. LAUREANO.—(*Entusiasmado*). ¡Viva la Patria!... y sirvasé también unos pasteles a la crioya, que hoy la cocinera e l'estancia hizo hasta pá los puestos, por qu'es 25 de mayo. (*Le presenta una fuente*).

D. GIUSEPIN.—Ecco; gracie tante. (*Se sirve*). E me diga un poco, ¿cosa l'é cuesta festa de 25 de mayo?

D. LAUREANO.—Vea, li he e ser franco; yo no tuve'scuela, y, como dijo el Viejo Vizcacha:

“Debe de saber muy poco
aquel que no aprendió nada”

ansina que nunca entendí la sinificaci3n d'estas fiestas. Pá nojotro, los crioyos viejos, la Patria es la Pampa con sus pastizales, con sus montes y sus poblaciones; su cielo azul, que el sol pone rosao a la mañanita, y amariyo como juego a l'oraci3n... la Patria es también el canto e'l jilguero, el grito 'el chajá y de l'urraça; el balido e sus ovejas, el triste mugido e los terneros, y el relincho brioso e sus pingos... Todo esto, amigaso, y un rancho sombreao por un sauce, cobijando a la china amorosa que le brinda el mate... o el recuerdo, D. Giusepín, o el recuerdo mesmo, d'esa feliciadá: esta es la Patria pa'l gaucho... (*Suspira y toma el mate que D. Giusepín tenía en la mano*).

D. GIUSEPIN.—(*Habr3 escuchado con embeleso todo el relato; hacia el final se pasa el dorso de la mano por los ojos, como enjugándoselos*). Ma ¿sabe que per poco m'ha hecho chorar? ¡Per Dío, que l'era lindo, cuesto que deciba!...

D. LAUREANO.—¡Ah! y otra cosa es la Patria, ami-

go Giusepín; es esta guitarra (*descolgándola*) que áura ve yena e polvo y con las cuerdas rotas porque los años han robao el ánimo pá templarla!... (*La sacude*).

D. GIUSEPIN.—¡Cante, don Lurreano!...

D. LAUREANO.—El zorro pierd'el pelo, pero no las mañas. A ver si resulta algo. (*Aparenta arreglar las cuerdas; la templa*).

D. GIUSEPIN.—Tome, don Lurreano; cuesto pedazo de cinta me quedó inta il bursiyo coando l'andaba riglando lu arco de la sortica. (*Le da una cinta argentina*).

D. LAUREANO.—¡Ah, esta también es la Patria! Muchas gracias. (*La besa y la ata después en su guitarra; en seguida canta; con la tonada de cualquier estilo conocido*):

Tuvo una fiesta mi vida
que hoy recuerda enternecida
mi alma, y de dulzura yena;
una fiesta que serena
paz y fe, y amor me dió;
fiesta en que vestí las galas
de mis nobles alegrías,
y que en vez de ricas salas,
tan lujosas como frías,
tibio un rancho cobijó.

.....
Rancho bendito, que acaso
hay el viajero, a su paso;
ya en tapera convertido;
ranchito, que fuistes nido
de amor, de mi juventud:
brindá'l viajero posada;
contále que china alguna,

jamás, como eya, fué amada;
 contále que hubo una cuna
 que premió nuestra virtud.

.....
 Ranchito, después cayáte:
 a naides nunca relate
 tu voz fiel, mi negra suerte;
 no digás que entró la muerte
 con su guadaña cruel;
 que aqueya cuna, desierta
 quedó una mañana, y luego
 hubo ayí otra fosa abierta...
 y un gaucho de dolor ciego,
 que huyó, y naides supo d'él!

D. GIUSEPIN.—L'é triste abastanza, daverò; ma canta molto bene, amico don Lurreano. (*Le da la mano*). Lo felicito, eco, lo felicito... E, me dica un po... ¿cuesta l'é propriamente la súa storia?

D. LAUREANO.—¡Quién sabe! (*Suspira*). Bueno, áura cante usté ni anque sea la *Marianina*, pá ahuyentar la tristeza.

D. GIUSEPIN.—No me n'intendo de hacer la música, ma tanto per complacherlo, vai bailare la Tarantela de lo napolitano. (*Con música o simplemente tarareando, baila un pedazo cualquiera de tarantela. Insensiblemente D. Laureano, se habrá ido también levantando y moviendo los pies, hasta acabar por bailar como el otro.*)

D. LAUREANO.—¡Bravo, amigo! M'hizo echar una can'al aire! (*Le palmea la espalda*). Y áura (*sentándose los dos*) le vi'a contar un secreto... El capataz don Rosendo, qu'era medio entendío en las cosas puebleras, me sabía contar que la Patria era una presona de carne

y güeso, y que él mesmo la conocía: qu'era una moza lindasa, media trigueña, con ojazos como carbones y bucles renegridos que le cáian por lo'jombros. Qu'andaba siempre vestida e blanco, y con un gorro colorao que se yama *de la libertá*. Como yo estaba en duda, porque a los puebleros siempre les desconfeo, don Rosendo, me mostró el retrato. ¡Viera amigo! ¡qué mujer!...

D. GIUSEPIN.—Ma sí; osté mi hace acordar una volta lá in Italia, cuando yo istaba chico, que me tata e me mama me son portato in chitá per una festa. E ben, allora anque mí son visto a la Patria; ma cuela non portaba mica il goro colorao in testa: portaba in veche, una currona d'oro.

D. LAUREANO.—¿Ha visto? ¿Y era linda, como la que me enseñó D. Rosendo?

D. GIUSEPIN.—¡Sicuro! ¡L'era propio una bel-la siñora!

D. LAUREANO.—Entonces sería la mesma; lo de la corona en vez del gorro, será por la moda.

D. GIUSEPIN.—Forse que sí

D. LAUREANO.—¿Sabe dónde hay una figura media parecida? ¡en las monedas! Fijése. (*Saca un cobre del bolsillo y lo observan*).

D. GIUSEPE.—¡Ecco!

D. LAUREANO.—Yo no sé si será ella porque no se distingue bien. (*Pausa; atiza el fuego*)... Yo pienso en la Patria con una especie de cariño y de respeto, casi como si pensara en Dios.

D. GIUSEPIN.—Anque ío sento cosí cuando me riuuerdo de l'Italia, no só por qué.

D. LAUREANO.—Pero lo de la señora esa que me

contó D. Rosendo, yo lo guardo siempre como secreto. L'agua s'está enfriando. ¿Otro dulce, D. Giusepín? (*Por un mate*).

D. GIUSEPIN.—¡Bueno! ¡A la salute de la siñora Patria.

LOS DOS.—¡Viva la Patriaaaa!

Esperando el Desfile

Comedia

(La escena en un salón o corredor de escuela. Es día de fiesta patria; las paredes adornadas convenientemente; los niños llevan guardapolvo, banderita en la mano y escarapela en el pecho. Toman parte seis niñas y diez varones. Una de las niñas, Delia, de once o doce años; los demás pueden ser más chicos, si así conviene. En primer término aparecen Julio y Angel, que, así como los demás, demuestran esperar: unos leyendo, otros mirando por los cristales, examinando un mapa, etc.).

JULIO.—Total, que hoy no tenemos desfile ni tenemos nada.

ANGEL.—¡Cómo, *nada*? ¡Tenemos lluvia!

JULIO.—(*Con fastidio*). ¡Salí!...

ANGEL.—No puedo, que me voy a mojar.

JULIO.—¡Ojalá me hubiese quedado durmiendo todo el día!

ANGEL.—¡Bah, no hay que enojarse por tan poca cosa!

JULIO.—¡Claro! Vos todo lo tomás a broma, pero yo no soy como vos.

ANGEL.—(*Con tonada gaucha, exagerada*):

“La lechuza no es como el tero:

la lechuza es batarasa,

y el tero, picazo overo”...

TODOS.—(*Con risas y palmoteos*). ¡Qué bien!... ¡viva el gaucho lindo!...

JULIO.—(*Estirándose las comisuras de los labios con los índices, como para reír a la fuerza*). ¡Qué gracioso!... ¡Jé, jé, je!...

MIGUEL.—(*Conciliador*). Bueno: no peleen. De un momento a otro sale el sol, y ¡a formar!...

JULIO.—Va a llover todo el día.

ANGEL.—¡Adiós, *Martín Gil!*...

MIGUEL.—¿Ya empezás otra vez? ¡Dejalo!

JULIO.—Si no le hago caso.

ANGEL.—Aquí vienen Lola y Celina. (*A éstas que entran cerrando paraguas o sacudiéndose los impermeables*). Chicas: ¿sigue lloviendo?...

LOLA y CELINA.—¡A cántaros! (*Todos se habrán aproximado a las que llegan; exclamaciones y mímica de circunstancias*).

UNO.—¡Qué lástima!

OTRO.—¡Adiós desfile!...

OTRO.—¡Qué 9 de julio!...

LOLA.—Quien sabe si saldremos. Las maestras andan de mucho conciliábulo en la dirección.

CELINA.—Están preparando la bandera. Yo creo que si aclara, vamos. Total, la plaza está cerca, y el agua corre en seguida. Podremos pasar.

HECTOR.—¿Por qué no jugamos a alguna cosa, mientras esperamos?

VARIOS.—¡Juguemos, juguemos!

ANGEL.—A la mancha.

CELINA.—¿Aquí?... ¡Si no hay lugar!

JULIO.—Una ocurrencia del *gaucho lindo* (*Por Angel*).

DELIA.—Juguemos a las prendas.

MIGUEL.—¡Qué juego zonzó!...

VARIOS.—Sí, a las prendas...

OTROS.—¡Nó, nó, nó!...

EMMA.—A un juego patriótico.

TODOS.—¡Eso es!... ¡sí, sí!...

DELIA.—Bueno, un juego de prendas, como yo decía, pero patriótico.

CELINA.—¡Bah!...

MIGUEL.—Y eso, ¿con qué se come?...

DELIA.—¿Saben el juego de la Boda?... (*Risas*).

JULIO.—¿Qué tendrá que ver con la Patria?...

ANGEL.—Vestiremos a la novia de celeste, y al novio de blanco...

VARIOS.—(*Risas y palmoteos*).

DELIA.—(*Un poco resentida*). ¡Cállense, y les explico! Después, si no quieren jugar, no juegan.

EMMA.—Bueno, silencio. Decí cómo es...

DELIA.—Cada uno es un símbolo de la Patria, o alguna cosa nuestra.

JULIO.—Bueno: yo soy el escudo.

DELIA.—¡Ajá! Vos, Celina, la bandera.

ANGEL.—¿Celina es *lavandera*?... ¿*planchadora* nó?...

JULIO.—Este hoy va a cobrar.

MIGUEL.—(*A Angel*). ¡Callate!... ¡que sos fastidioso!...

CELINA.—(*A Angel también, al mismo tiempo*). *la... bandera. (Remarcando)*.

ANGEL.—¡Perdonen, perdonen; no hablo más!

DELIA.—Bueno: dejen que Angel sea *el gaúcho*.

ANGEL.—¡A mi juego, me llamaron...

MIGUEL.—Yo soy un "Granadero".

DELIA.—Sí, y váyase acordando cada cual de lo que

es, para que no le cobre prenda.

EMMA.—Yo soy la *escarapela*.

OTRO.—Yo el *Himno*.

OTRO.—Yo el *mate*; ¿no se dice más criollo que el *mate*?...

DELIA.—¡Claro que sí!

OTRO.—También se dice “más criollo que el zapallo”. Entonces yo soy el zapallo.

MIGUEL.—Ningún paisano lo come. Vale más que seas el *asado con cuero*.

EL MISMO.—Ya está: soy el *asado con cuero*.

UNA NIÑA.—(*La más chica*). Yo soy la torta frita.

TODOS.—(*Risas y algarabía*). ¡Qué lindo!...

ANGEL.—(*Riendo a carcajadas*). Esta si que es “del alto de la torta frita”!...

DELIA.—Bueno, ¿qué falta para ponerles nombre a éstos? (*Por los que aún no lo tienen*).

UNO.—Podemos tener un *ombú*.

DELIA.—Sí: serás vos.

OTRA NIÑA.—Y yo la flor del ceibo.

UN NIÑO.—Yo el hornero.

OTRO.—Yo el rancho.

OTRO.—Yo el pingo.

UNA NIÑA.—Yo la luz mala.

DELIA.—Bueno: Ya están todos. Basta. Pónganse en fila, y cada uno repita su símbolo. (*Lo hacen, de acuerdo a las designaciones anteriores. Después que cada uno se nombra, todos repiten, con risas, exclamaciones, palmoteos, etc. Escena rápida y movida*).

El escudo.

La bandera.

El gaucho.

Un granadero.

La escarapela.

El Himno.
 La luz mala.
 El mate.
 El rancho.
 El asado con cuero.
 La torta frita.
 El ombú.
 La flor de ceibo.
 El hornero.
 El pingo.

DELIA.—En semicírculo; de frente... ¡uno! (*Voz de mando como en gimnasia*).

EMMA.—*AA Delia*). ¡Y vos, con qué te quedaste?

DELIA.—Yo dirijo el juego. Atención todos. Cuando yo nombre a uno de ustedes, el nombrado se sale de su sitio y pasa al extremo derecho de la fila. Los demás, hasta esa punta, se corren para cerrar el espacio, ¿comprenden?...

TODOS.—¡Sí, sí!

DELIA.—El que se equivoque me dará su distintivo, o cualquier otra cosa como prenda. Empiezo. (*Como contando un cuento*). Una vez, en el campo, ¿saben?, se corría la sortija, porque era día de fiesta patria... (*Todos escuchan con gran atención, y una vez uno, otra vez otro inician movimiento como para salir de fila, creyendo llegado su turno. Delia suspende el relato, y llama la atención al equivocado, con movimientos expresivos, o exclamaciones adecuadas*). ... Toda la calle donde iban a correr, estaba llenita de banderas...

BANDERA (1).—(*Pasa al extremo de la fila, y los demás corren para llenar el hueco*).

(1) Desde ahí el símbolo reemplazará al nombre para mayor claridad.

DELIA.—(*Por la maniobra*). ¡Ajá! ¡Muy bien!

ANGEL.—¡Seguí, seguí!...

DELIA.—¡Chist!... ¡no se habla! (*Siguiendo*) ... llena de *banderas*, decía, ¿no?...

BANDERA.—(*Indecisa avanza un paso, vuelve a su sitio. Todos miran interrogativamente a Delia*). ¿Y cómo hago ahora?

DELIA.—Pasate a la otra punta. (*Lo hace Bandera*).

JULIO.—¡Que pague prenda!... (*Confusión: todos hablan y protestan*).

DELIA.—¡Silencio, silencio! No le toca pagar, porque esto no estaba explicado. Y ya he dicho que no se habla. (*Siguiendo*). Además, en los arcos de la sortija, y en los postes, había *escudos*.

ESCUDO.—(*Está distraído*).

DELIA.—¡Prenda, señor Escudo!

ANGEL.—¡Ahora, sí!...

ESCUDO.—(*Entregando su distintivo a Delia, de pasada para el extremo de la fila*). ¡Sírvase, doña!

DELIA.—Y a Angel le corresponde otra, por hablar.

ANGEL.—(*Pagando*). ¡Por la boca muere el pez! ¡Me paso a la otra punta?

DELIA.—Nó, nó; no hay necesidad. (*Sigue*). Cada *gaucho*...

GAUCHO.—(*Se corre*).

DELIA.—... montado en su pingo...

PINGO.—(*Se corre*).

DELIA.—... estaba más orgulloso que un *Granadero de San Martín*...

GRANADERO.—(*Atribulado*). ¡Ah!, ¿a mí me decís?... ¡Y qué hago yo?... (*Risas y algazara*).

DELIA.—Primero pagar, y después colocarte allí.

GRANADERO.—(*Lo hace con muchas muecas y piruetas, caminando como si sostuviera las riendas*).

DELIA.—Toda la gente llevaba *escarapela*...

ESCARAPELA.—(*Pasa*).

DELIA.—(*Siguiendo*) ... y la banda que había venido del pueblo, empezó a tocar el Himno.

HIMNO.—(*No se mueve*).

DELIA.—¿Y?... (*Como llamándole la atención*).

¿Cuál era el Himno? (*Todos se miran interrogándose*).

HIMNO.—¡Yo era! ¡Yo!... ¡Paciencia! (*Pagando*).

DELIA.—¡Qué mal se portó ese grito sagrado!... (*Siguiendo*). Bueno: después de la sortija, los paisanos se desparramaron, y unos cuantos se fueron hasta un rancho...

RANCHO.—(*Pasa*).

DELIA.—... el rancho.

RANCHO.—(*Corre al otro extremo*).

DELIA.—... que estaba cerca de un ombú grandote...

OMBU.—(*Pasando rápidamente*). El viento me trasportó.

DELIA.—... ¡pero!... ¡no hablen, pues!... Ahora tenés que pagar.

OMBU.—¿Y?... ¡pagaremos!... (*Entrega prenda*).

DELIA.—... Debajo de ese ombú...

OMBU.—(*Vuelve a pasarse*).

DELIA.—(*Siguiendo*)... dicen que de noche se aparece la luz mala...

LUZ MALA.—(*No oye; el que está al lado la toca con el codo, y entonces va*).

ANGEL.—(*Cómico*). ¡Cruz diablo!... Pago de buena gana. (*Entregando prenda a Delia*). No podía contenerme. (*Risas*).

DELIA.—Aquel rancho...

RANCHO.—(*Se pasa*).

DELIA.—... estaba limpio y ordenado como nido de

hornero...

HORNERO.—(*Pasa volando*)

DELIA.—... Unas chinitas, con labios colorados como flor de ceibo...

FLOR DE CEIBO.—(*No se mueve*).

DELIA.—... ¡Pague, amiga!...

FLOR DE CEIBO.—(*Cumpliendo y pasándose*).
¡Aquí está!

DELIA.—... estaban ¡déle servirles mate a los mozos!...

MATE.—(*Pasa*).

ANGEL.—(*Cómico, con ademán de brindar el mate*).
¡Sírvaselo!... (*Como tomándolo*). ¡Gracias, prienda!...
(*Risas; Julio, ademán de fastidio*).

DELIA.—*Prienda*... es la que vas a volver a pagar; y a salir del juego, que ya tenés tres.

ANGEL.—¡Perdón!...

VARIOS.—¡Que lo perdonen!... ¡que lo perdonen!...

DELIA.—Bueno: pero no interrumpas más.

ANGEL.—¡Por Dios, que no!...

DELIA.—(*Siguiendo, apresurada, como para terminar*) ... y déle comer *tortas fritas*... mientras se tuesta el *asado con cuero*...

ASADO.—(*Se pasa*).

TORTA FRITA.—(*Muy atolondrada, va de un lado a otro y no sabe qué hacer*).

DELIA.—¡Pague, pague!...

ANGEL.—¡Quedaste a la altura de la torta frita! (*Se tapa la boca, acordándose de la promesa. Risas*).

DELIA.—Bueno: colorín, colorado, que el cuento está acabado, y como que ya tengo un montón de prendas, será cosa que las paguen.

ANGEL.—¡Chicos!... ¿Se dan cuenta de que salió el sol?

TODOS.—(*Exclamaciones y aplausos*). ¡Cierto!... ¡Viva el sol!...

DELIA.—Más bien digamos: ¡viva la Patria!

TODOS.—¡Viva la Patria!... (*Se oye adentro una campanada*).

DELIA.—Basta; tomen las prendas. (*Las tira al aire*).

TODOS.—(*Con gran alboroto*). ¡A formar!... ¡A formar!... (*Salen atropellándose recogiendo del suelo las prendas*).

MONOLOGOS

Ana María

Monólogo para niña

(Hall o saloncito en casa de familia. Ana María, niña de unos 12 años, lustra el encerado del piso durante un rato. Lleva un delantal de tela ordinaria, pero prolijamente puesto; la misma prolijidad en el peinado, calzado, etc. En toda su actitud, naturalidad, viveza y cierta distinción. En lugar visible, una mesita para el teléfono: si hay dificultad en encontrar un aparato apropiado, póngase una planta o un gran ramo sobre la mesita, que aparente ocultarlo).

ANA MARIA.—(*Dejando los utensilios de encerar y secándose la frente con el pañuelo*). Bueno: esto ya está como un espejo. Pero ¡de veras que estoy cansada!... (*Suspira y se sienta; cuando lo crea oportuno se levantará*). Como yo no estaba acostumbrada a estos trabajos... Antes, allá en Rosario, teníamos en casa quien los hiciera; pero después que el pobre papá nos dejó, tuvimos que reducirnos, que ir vendiendo todos los muebles lindos, y todas las paqueterías. Nos vinimos a Buenos Aires y mamá empezó a bordar y coser para afuera, pero... ¡ganaba tan poco!...

No teníamos amigos, porque como algunos se nos retiraron, mamá sufrió tal humillación, que no quiso esperar nada de nadie...

¡Quién sabe!... Tal vez otros, más buenos, nos hubieran ayudado, pero ella estaba desesperada, y sólo atinó a huir del lugar de nuestra desgracia.

¡Pobre mamita mía!... ¡Yo siempre la he visto su-

frir!... Papá era bueno, con ella y conmigo, pero en los últimos tiempos andaba preocupado y nervioso. Algunas veces yo alcancé a oír que mamá le hablaba en tono de reproche y él se alteraba; aunque se cuidaban de que yo no oyese, un día supe que había perdido mucho dinero jugando en el Club...

Al poco tiempo... ¡se mató!...

¡Ay!... Ya hace casi un año... ¡Qué momentos terribles!... (*Da algunos pasos o arregla cualquier cosa ocultando el rostro, como para serenarse*). En fin, ya que empecé contándoles todas estas cosas (*al público*), les explicaré que en esta casa, le daban costura a mamá, y un día en que yo la acompañé, le pidieron "que me dejara de mucamita, para trabajos livianos; que me mandarían a la escuela; que no me faltaría nada..." Mamá, al principio, se negó, pero yo comprendí que debía ayudarla y quise venir. Así ella trabaja en varias casas, por día, y gana algo más. De noche me viene a buscar, y nos vamos juntas a nuestra pobre piecita estrecha, húmeda y sin aire, pero llena de cariño, y entonces, en medio de nuestras penas, me entra una cosa aquí, en el pecho, como una gran dulzura, porque pienso que tengo a mi mamá, que nos queremos mucho, y que trabajo para ayudarla. Así, tal vez nos vayamos arreglando, y si es que un hermano de mamá que estaba en el Brasil y que no ha contestado nuestras cartas desde hace tanto tiempo, no viene a buscarnos, tal vez, digo, conseguiremos ahorrar un poco y vivir mejor.

Aquí, en la casa, no me tratan mal, pero... les molesta que yo no sea vulgarota y mal educada. Dicen que tengo "humos de señorita" y me están echando en cara continuamente mi "humilde condición". Como a la escuela vamos de uniforme, no se distingue por el traje la posi-

ción social, y las niñas de casa no pierden oportunidad de hacer saber que yo soy su sirvienta. A la entrada y salida, me hacen llevarles las carteras; en el recreo, me llama la niña Elba: "Llévale este libro a la niña Inés" (*recalcando*), o me llama la niña Inés: "Pregúntale a la niña Elba (*recalcando*), si no tiene mi labor en su bolsita"... (*Todo dicho con sencillez sin demasiado despecho*).

Cuando yo era, "la niña Ana María", quizá también, sin querer, hice sufrir con mi orgullo a alguna pobre chica: ¡me da una pena pensarlo!...

Ahora, en ocasión de la Semana de Mayo, la maestra me dió una poesía para la fiestita. Como no se invita a nadie de afuera, sino que es sólo para los chicos, mamá consintió, pero la señora, cuando las hijas se lo dijeron — lo que es por mí no lo hubiera sabido, no hay peligro — se puso furiosa. Me llamó hasta "intrigante", porque dice que esta distinción le correspondía a una de las niñas y no a mí, y que yo habré estado adulando a la maestra para lucirme.

¡Qué se yo! todavía me dijo no sé cuántas cosas. Yo tenía muchísima rabia; muchísimas ganas de decirle que yo antes había sido rica, y que ella también podía quedar pobre... Pero recordé que mamá me ha prohibido hablar con nadie de nuestra historia y... lloré, lloré toda la tarde: nada más... A mamá tuve que mentirle: le dije que me habían reprendido porque había hecho mal un encargo...

Ahora estamos ya casi en la fiesta y temo que me hagan faltar... ¡Falto tantas veces por cualquier friole-ra!... Hoy la señora me preguntó: "¿Y?... ¿sigues aprendiendo el famoso verso?... Vale más que no te molestes, porque a lo mejor ese día te necesito, y no vas a la

escuela''. Por suerte, en ese momento llamaron, y me fuí sin contestarle.

En fin: quizá no sea tan mala para no dejarme ir. Yo en estos días me he esmerado más que nunca en hacer bien todo el trabajo, para que no tuvieran nada de qué protestar.

Ahora han salido todos y yo terminé mi tarea; voy a repasar el verso, a ver si me corrijo en las inflexiones.

LOS NUEVOS HÉROES

De Ismael Navarro Puentes

¡Paso a la falange de la Patria nueva;
a la savia joven; al conquistador,
cuya sien, quemada por los soles, lleva
nimbos de sudor!
¡Paso a los soldados
del libro y la pluma; del surco y la fragua;
que escriben poemas, empujan arados
y conquistan mundos,
y son como hilos transparentes de agua,
buenos y fecundos!
¡La paz los anima,
el amor los mueve,
y sus piés se hunden en la negra sima,
o en la blanca nieve...
y siguen y siguen, en marcha triunfal,
hilando una rima,
alzando una choza, labrando un erial.

¡Sus manos no empuñan aceros que matan!
Nunca derramaron sangre fratricida.
Sus manos no oprimen, no humillan, no atan;

¡sus manos escarban, siembran, y desatan
 las germinadoras fuentes de la vida!
 ¡Férreos paladines de la Patria, corren
 a la encarnizada lid de la labor,
 alta la serena frente; raudo el pié;
 al viento sus blancas banderas de amor,
 esgrimiendo fuertes espadas de fé!

Nuevos paladines del progreso, van
 a trazar los surcos y sembrar el grano
 de sus ideales; los llama el clarín,
 del progreso, al rudo bregar cotidiano.
 En cada uno de ellos ¡pelea un Belgrano!
 En cada uno de ellos ¡vence un San Martín!

Bueno; equivocarme ya no me equivoco; veremos si está conforme mi maestra. (*Suena un timbre que simula el del teléfono. Ana María lo atiende*). ¡Hola!... ¿Cómo?... Sí, señora. Con el cinco, seis, nueve, uno, Plaza... ¿Con quién desea hablar? ¿Con Ana María?... Sí, yo soy... ¿quién me habla?... ¡Mamá!... ¡pero!... ¡no te conocía la voz!... ¡como nunca me habías hablado por teléfono!... ¿qué hay?... ¿qué te pasa?... (*Alarmada*).

Bueno... no me asusto... (*más tranquila*), ¿qué quieres, mamita?... Sí, estoy sola en la casa: todos salieron... ¡habla, por favor!... ¿Me va a hablar otra persona?... (*Con extrañeza*). ¡Hola!... ¿cómo?... ¿Señor?... ¿con quién?...

¡Oh!... ¡mi tío!... (*Gran sorpresa*). ¡Cómo!... ¿Cuándo llegó?... ¿Esta mañana?... ¿Que recién se enteró de nuestras cartas?... ¿Dónde estaba?... ¡Ah!... ¡viajó por Europa!... ¡Qué alegría, tío!... ¡qué suerte!... Sí, sí, vengan a buscarme, que ya ha de volver la

señora, voy a preparar mis cosas. ¡Adiós, adiós!... ¡Hasta luego!... (*Al terminar salta y palmorea contentísima*).

¡Al fin!... ¡se nos acabaron las penas!... Ya no seré “la sirvientita”: volveré a ser “la niña Ana María”. Pero esta de ahora, será más buena que la de antes, porque ha sufrido y comprende. (*Con tristeza*). ¡Ah!... ¡pero nos iremos lejos!...

¡Dejar la Patria, y en estos días!... Le pediré a tío que me deje asistir a la fiesta y recitar “Los Nuevos Héroes” antes de emprender viaje.

Después, en el extranjero, recordaré siempre nuestras fiestas patrias. ¡Nunca!... ¡nunca olvidaré a esta tierra querida!... y ¡quizá volveré, porque también aquí descansa mi pobre papá!...

¡Sí, Patria mía!... ¡nada podrá borrarle de mi alma!...

¡Que no sepa tu izquierda!...

Monólogo para niña

(Al levantarse el telón, Estrella, estará en una habitación lujosa, examinando la inscripción de una tarjeta atada por una cinta argentina, a un ramo que tiene en los brazos).

ESTRELLA.—(*Leyendo*). “Los angelitos a su hermana Estrellita, que es aún más buena que ellos”.

Sí, Estrellita, soy yo. En cuanto a eso de “los angelitos”, vi uno que se escapaba corriendo después que dejó el ramo, pero era Pepe, un chico del conventillo de al lado...

Bueno, (*dejando el ramo*) yo no sé cómo lo habrán sabido, pero ahora ya voló el secreto y es lo mismo que lo sepan ustedes también. ¿No? (*Al público*).

Hace como un mes, empezamos en la escuela los preparativos para la fiesta de 25 de Mayo. Un día, después que me hubieron elegido para un coro y una comedia, vine exaltada de entusiasmo, y con la cabeza llena de ideas razonables, y de disparates: todo mezclado. Esa noche — hacía mucho frío — mamá, al arroparme cuando me acostaba, me dijo: “Ya ves ¡qué dicha tener una camita de puras plumas!... hay pobres niños que tienen que acostarse sobre un jergón, y taparse con una pollera vieja”.

—“¿Los del conventillo, mamita?” — le pregunté. —
“Seguramente: los del conventillo, y tantos otros, — contestó. — Bueno, duerme ahora”.

Me dormí, sí; pero pensando en los chicos que tenían frío en la cama; en unas niñas pobres de mi grado, que van casi sin ropa; y en la Patria; y en la fiesta de la escuela... ¡qué se yo!... el caso es que soñé. ¡Qué sueño espléndido!... Vinieron volando muchos angelitos, y me preguntaron: “¿Qué quieres para tu Patria en el día 25 de Mayo!” Entonces yo les dije: “Que a todos, toditos los niños pobres, les den vestidos y un abrigo para su camita”. — “Está bien — me dijeron — se cumplirá tu mandato”. — Me saludaron sonriendo, y se fueron volando, volando, volando, hasta perderse en las nubes. ¡Qué lindo! ¿No? ¡Qué lástima que fuera sueño!...

A la mañana siguiente se lo conté a mamá, y ella me dijo que todo lo que prometieron hacer los angelitos, nosotros no podríamos cumplirlo, pero que algo inventaríamos, y que hablaría con papa, a ver si hacían alguna combinación. Todo el día, en la escuela, estuve pensando en lo mismo: ¿qué harían papá y mamá, para convertirse en *angelitos*? En cuanto llegé a casa le pregunté a mamá. — “¿Y?... ¿Volvieron los angelitos?...” Tal vez — me dijo — pero el arreglo depende de ti. — ¿De mí? — contesté — ¡pues ya está hecho!

Entonces mamá me contó muy formalmente, que papá y ella tenían el proyecto de regalarme, para mi cumpleaños — que cae precisamente unos días después de la fiesta patria — un riquísimo jueguito de dormitorio que valía 900 pesos, y que de ningún modo podrían disponer de una cantidad mayor en esos días; pero que si yo me conformaba con muebles algo más sencillos — había otros también lindos, por menos precio — entonces toda la diferencia podía destinarse a ropa de abrigo

para los pobres. ¡No les digo nada de cómo me pondría; demasiado lo comprenderán, teniendo en cuenta que de eso, a mi sueño, no iba más que un paso! Abracé a mamá con toda mi alma y le pedí otro arreglo: mi cuartito de ahora está lo más bien; con hacer pintar de nuevo los muebles al laqué, y ponerle unas cuantas paqueterías de cretona y de madrás — ¡si ustedes vieran las maravillas que hace mamá con esas telas!... (*al público*) — quedaría monísimo, y así... ¡bueno!... podríamos invertir en hacer de “angelitos”... ¡los 900 pesos!...

Mamá me estrechó muy fuerte contra su corazón, y me prometió ayudarme para que el 25 de Mayo estuviera todo hecho según mis deseos.

Compró, e hizo traer a casa, 50 frazadas: serían para otras tantas camas del conventillo, eligiendo las piezas en que había ancianos, niños o enfermos. La encargada es una mujer muy buena, y nos dió todos los datos, prometiéndonos reserva, pues ya dijimos con mamá que lo mandaríamos todo sin decir de donde iba. Bueno: aunque mamá encontró precio especial, en eso se nos fueron ¡500 pesos! ¡Qué capital! ¿verdad?

Quedaban 400 para “ropa de las chicas”. La maestra me informó de que había en mi grado siete niñas necesitadas. Hablé a mamá y resolvimos comprarle a cada una una tricota de lana; un delantal blanco de uniforme y un par de zapatos. Haciendo las compras con tino gastaríamos 10 pesos en cada chica. Yo me puse loca de contenta, pues sobraba plata para que los “angelitos” llegaran también a los otros grados de mi escuela. “¡Cuidado! — me dijo mamá, — que si se te vas extendiendo, después querrás darles también a las otras escuelas”.

Era cierto: en las demás escuelas, y en otras ciudades, y en otros países.. ¡por todas partes hay niños que

tienen frío!... Suspiré pensando en ellos, pero mamá me consoló, diciéndome que nuestra conciencia puede quedar tranquila si hemos remediado en algo los males que están a nuestro alcance.

Pedimos informes sobre los niños pobres de otros grados — mamá decía que iba de parte de una sociedad de beneficencia — y obtuvimos nombres y direcciones. Entonces mandamos a cada casa una carta como ésta: (*La toma de un mueble y la lee*).

“Señora Fulana de Tal: Sírvase pasar mañana, 23 de mayo por tal lugar — la tienda en que mamá encontró mejores condiciones — donde se le entregará a la presentación de esta carta, una tricota de lana, un delantal de bramante y un par de zapatos, para su hija fulana, u otras prendas de abrigo de valor equivalente”. Firmaba la secretaria de una sociedad de beneficencia.

Las frazadas las hicimos repartir ayer por la encargada, que no debía decir quién se las había dado.

Ya está: ahora me traen este ramo, (*lo toma*) diciendo, que me lo mandan los “angelitos” ¿ven? (*muestra la tarjeta y vuelve a leer*). “Los angelitos a su hermana *Estrellita*, que es aun más buena que ellos”.

Seguro que la encargada habló, ¡seguro!... ¡seguro!... Está mal hecho porque no valía la pena. Dicen que soy “más buena que los angelitos” por agradecimiento; pero ¡bah! cualquiera hubiera hecho lo mismo: total mi cuartito quedó lo más coquetón, ¿para qué necesitaba los muebles nuevos? ¿No es cierto?...

Voy a averiguar quién fué la charlatana. ¡Me las va a pagar!... (*Toma el ramo y sale*).

El Desfile Militar del Año Pasado

Monólogo para niño

(Aparece Enrique y recorre el escenario a paso militar, imitando tambor y corneta, alternativamente).

Bueno; ustedes creerán que me he vuelto loco, pero nó, no señores, tranquilícense, que a Enrique, un servidor de ustedes (*reverencia*) no le sucede nada. Es que me estaba acordando del desfile militar del 9 de Julio del año pasado.

¡Qué espectáculo magnífico! ¡Mamita mía! ¡Ustedes no lo han visto nunca? ¡Seguramente que sí!

Pero para apreciarlo bien hay que verlo como lo vi yo, desde un balcón de la calle Florida. ¡Eso vale la pena!...

Aquella tarde salimos papá y yo.

Abriéndonos paso dificultosamente llegamos a la casa de un amigo de papá, en la calle Florida.

¡Qué señor más amable! ¡cómo le estaba yo de agradecido!

Pasamos a un gran balcón donde ya había otras personas, pero nos ubicamos muy bien.

Yo quedé al lado de un niño más o menos de mi edad, y pronto entablamos conversación; mejor dicho, la entabló él. porque yo estaba interesadísimo con los soldados y tenía pocos deseos de charla. Supe que se llamaba

Bonifacio, — también ¡qué nombrecito!! — y que estaba en primer grado. Era una máquina de hablar, pero decía cada tontería y hacía cada pregunta!...

Del otro lado estaba el padre, pero aunque Bonifacio se desgañitara llamándolo, o le tirara del saco, jamás le contestaba; *no hay peor sordo que el que no quiere oír*. Ahora ya estoy haciendo lo que no debo; soy un poco criticón y hoy me había propuesto conversar con ustedes sin hablar mal de nadie, pero ya la emprendí con el pobre Bonifacio. Bueno, es que para que se den cuenta de las razones que me obligaron, tengo que contarles cómo era: un tontolín hecho y derecho, la pura verdad.

En cambio, para ser prudente no diré nada, absolutamente nada, (*recalcando*) de unas señoras y señoritas que estaban también en el balcón; no les contaré de sus pinturitas, (*ademán comico señalando los pómulos*) de sus corazoncitos (*ídem fruciendo la boca*), de sus pieles (*se envuelve*). No diré nada; demasiadas señoras y señoritas paquetonas conocen ustedes.

Después de un largo rato apareció por la Avenida un escuadrón de la Guardia de Seguridad, que despejó la calle, haciendo arremolinar la gente en las veredas. Siguió la banda del 7 de Infantería tocando una marcha que hacía que los pies se movieran solos (*marca el paso*).

—Che — me dice Bonifacio — ¿vos lo conocés a San Martín? Avisame cuando pase. Lo miré creyendo que bromeaba, pero estaba completamente serio. Cállate — le dije — ¡que vienen los Granaderos!

¿Los de San Lorenzo?, decime, decime, ¿cuál es San Martín? ¡Callate! — volví a decirle — me estás fastidiando.

Los Granaderos pasaban frente a nosotros. ¡Qué jinetes! ¡qué uniformes preciosos!... y sobre todo ¡qué

pingos!... Yo soy loco por los caballos; uno pasó relinchando y me pareció que decía: “Enriiiiique”... (*imita el relincho*).

De entusiasmo pegué un brinco levantando los brazos; a una señora le torcí el sombrero y a Bonifacio le di un pisotón. ¡Palabra que fué sin querer! Pedí disculpas cortésmente a los dos y no pasó nada.

Venía ahora el General y estado mayor.

“Papá, papá — gritaba Bonifacio — ¿qué patriotas son esos? ¿Alguno es Belgrano?...”

¡El padre como una tapia, y yo, más sordo todavía!

Pasaron varios cuerpos de la Armada; otros de la Artillería de sitio y de montaña.

Cuando Bonifacio vió las mulas volvió a llamarme: “¡Che, che! ¿van a cruzar los Andes?...” Comprendí que al pobre chico habían querido enseñarle muchas cosas, pero que él *oía cantar el gallo sin saber dónde* ¿cómo iba yo a arreglar la confusión de esa cabeza? Para salir de compromisos le dije que sí.

Ahora pasaba Infantería. “Fijate, fijate, me dice haciendo aspavientos, ¿ves aquel moreno que va ahí?...” Sí, ¿qué tiene? — le contesto — “es Falucho”.

Me tuve que reír. Pero, ¡por favor! le dije, ¿no te das cuenta de que esos patriotas hace muchísimo que murieron?

“Vos no sabés nada, me contestó con desprecio, ¿todavía no te han enseñado que los patriotas son inmortales? ¡¡Ignorante!!

Al oír el insulto me sulfuré y levanté la mano para castigar al insolente, pero... en el momento sentí que me alzaban y me encontré dentro de una habitación. Papá estaba de pie frente frente a mí, con los brazos cru-

zados y mirándome severamente. “Un niño educado, me dijo, ponerse a pelear así!”

Pero papá, contesté, rompiendo a llorar, ¡si acabó con mi paciencia!...

Papá volvió un momento al balcón, para despedirse de su amigo y como que el desfile ya terminaba nos fuimos.

Ibamos serios y tiesos y yo con miedo a un café de los que levantan roncha.

En el camino papá se ablandó y yo le conté mi caso; se rió... ¡y a cabó la fiesta en paz!...

Pero cuando me vienen a la memoria las preguntas de Bonifacio, me distraigo tocando el tambor. (*Se retira como al principio*).

El Traje Prestado

(Monólogo para niños de grados superiores)

Sí; lo confieso: es una debilidad, una verdadera debilidad. Me gusta vestir bien; me siento inclinado a la elegancia, a la distinción, y como, a veces, los medios no me lo permiten, mis aficiones resultan un serio peligro.

No quisiera serles molesto, pero, de todos modos, como ustedes, al venir aquí, ya sabían que se aburrirían un rato... Además, a veces escarmentamos en cabeza ajena, y mi experiencia puede librar a alguno de mis simpáticos oyentes, de tragos tan amargos como mi mala suerte — si gustan, llámenle *vanidad* — me ha proporcionado a mí. Les contaré lo que me pasó:

Unos días antes del 25 de mayo se nos anunció que concurriríamos a la plaza para cantar el Himno, comer bombones y, en fin, hacer notar que no era aquel un día como los demás. Yo iba entonces a una escuela particular, que de lo contrario, el delantal blanco salvaba la situación. Bueno: disimuladamente, mientras el maestro así nos lo explicaba, eché un vistazo al trajecito que llevaba puesto y que, a estar sujeto al servicio militar, hubiera sido exceptuado por... “hijo único de madre viuda”... ¡El pobre estaba en unas condiciones!... Aseedito; con lustre a fuerza de cepillo: zurcidito en varias partes y... ¡hasta remendado! También cuando mamá se propone hacer durar las cosas...

Llego a casa aquel día con el plan de ataque: “Mamá

— digo en un momento propicio — ¿no te parece que para ir a la plaza el 25. . . .”

Sin duda adivinó mi intención, porque no me dejó acabar. “Hijito, — me interrumpió — no pienses en gastos: calzado, es indispensable y lo compraremos; tienes gorra nueva, y, en cuanto al traje, irás con éste; no hay dinero. Para el 9 de julio — añadió acariciándome — tal vez estemos algo más desahogados”.

No protesté, ni me puse de mal humor — ¡habría que ser desalmado, teniendo una mamá como la mía! — pero no dejé de preocuparme por mi traje raído y, a fuerza de cavilar, se me ocurrió una idea. . . ¡Inocente de mí, que la creía genial!

Enrique, uno de mis discípulos, tiene mi misma estatura: ¡si me prestara un traje que él no hubiera de ponerse! . . . ¡como tiene varios! . . .

“Algo tieso y orgullosito es el chico — pensaba — y si me dice que nó, mi amor propio se subleva, pero. . . cuando la vanidad está en juego, la altivez agacha la espalda.

Me arriesgué: después de preguntarle, como al descuido, con qué traje pensaba ir a la plaza, y saber que le habían encargado uno a la marinera, muy elegante, le dije *ex-abrupto*: “Préstame el de cazadora”.

No estaba preparado y, como no encontró una excusa oportuna, accedió sin grandes entusiasmos, y me prometió el traje, previo consentimiento de los padres.

También yo necesitaba la venia paterna, que conseguí, no sin que razones y mimos tuvieran que ponerse en juego para vencer muy legítimos escrúpulos.

El día antes de la fiesta me presenté en casa de Enrique para saber el fallo. La mamá accedía, pero haciéndome presente “que el traje era muy fino; que estaba

casi nuevo, y que debía tener con él, toda clase de precauciones". ¡Uff! ¡tuve unas ganas de tirárselo a la cabeza a la madre y al hijo!... Pero, es lo que he dicho antes: el vanidoso tiene que humillarse. Dí las gracias cortésmente y me despedí. Enrique me acompañó hasta la puerta y me dijo que me lo prestaba porque era yo, y que esperaba que cuando hubiera algún problema difícil que hacer, me acordaría del servicio que me prestaba ahora... Una mirada casual al más visible de los zurecidos de mi saco, me salvó de la tentación de sacudirle el paquete por la cara... Tragué saliva; suspiré, ¡y me fuí!

Al día siguiente, un tiempo magnífico, como desmintiendo aquello de "el 25 de mayo amaneció lluvioso"... ¡Siquiera hubiese llovido a cántaros! ¡Qué de rabietas y disgustos me habría evitado! Pero no, ya lo he dicho: ¡un día espléndido! — Bueno: lo de siempre: bombas, banderas, música por las calles. ¡Qué cosquilleo interior cuando se oye la marcha de *Ituzaingó*, y la de *San Lorenzo*, y aquello de (tararea la introducción del Himno). En fin, por más que empecemos a comprender que el culto a la guerra tiene algo de exagerado, aunque necesario para mantener vivo el entusiasmo y que al patriotismo se le abren ya nuevos horizontes, yo, en aquel momento sentía todos los atavismos bélicos haciendo hervir mi sangre: "¡ah, si frente a mi espada pudiera tener cierto traje a la marinera!", pensaba sin querer... y mientras me vestía, recordaba el aire desabrido de la mamá de Enrique al darme el envoltorio; el interés del maldito, que reclamaba el pago en problemas... ¡ay, quién fuera soldado!... y todavía, para aumentar mi desazón, la tonta de mi conciencia me hacía oír des-

de muy hondo, con vocecita aflautada: “¡ingrato, ingrato!”...

Pero... ¡el traje era tan bonito! ¡me quedaba tan bien!... Por otra parte, no era llamativo, y nadie echaría de ver que era ajeno. Tenía un hermoso color plomo; su corte era irreprochable; sin una mancha; sin que le faltara un botón... Algo corto el pantaloncito, eso sí, pues mi cuerpo (con jactancia) es un poco más... formadito que el de Enrique. ¡Bah, eso era un detalle! La chaqueta, un si es no es, estrecha, y el cinturón algo ajustado, pero mamá corrió un botón y... ¡a maravilla!

Mi cuello de plancha; corbata a rayas; botines flamantes; gorra que, casualmente, hacia juego con el traje... Dispensen la inmodestia, pero estaba bien, muy bien; y al ver mi elegante y airosa silueta reflejada en el espejo, olvidé todas las mortificaciones sufridas hasta entonces.

Me fuí a la escuela. En la puerta encontré a Enrique que, como mi propia sombra, como un fantasma de pesadilla, no había ya de apartarse de mí en toda la tarde.

“Te queda bien el traje,—me dijo en seguida — pero un poco estrecho. No se te ocurra querer llevar la bandera, porque si levantas los brazos, revientas las costuras.”

A quien hubiera yo reventado era a él... ¡palabra de honor!...

Llegaron otros chicos y entramos; el patio estaba animadísimo y me distraje. Tenía sed — (no sé si sería de rabia) — y me acerqué a la canilla. “Nó — me dijo mi verdugo — no te permito que tomes agua: el chorro salpica y te mancharías.”

Casi lo fulminé de una mirada, y, sin hacerle caso, tomé el jarro que ya me alcanzaba otro compañero, y lo engullí de un sorbo.

Como no me mojé, no pudo decir nada.

En eso, ¡nang, ganang, ganang!... ¡a formar!...

Ya en la fila, me avisan que me llama el director: el corazón me dió un vuelco, pues como no había dado motivo para un *café*, supuse que me ofrecería la bandera.

La avaricia aguzaba el ingenio de Enrique... ¡qué clarividencia!... Adivinando él también, me dijo el infame: "Si tomas la bandera, te hago desnudar".

Le enseñé los puños y me fuí tragando las lágrimas. "Discúlpeme, señor — contesté al ofrecimiento — tengo un dolor en un hombro que me impide mover el brazo" — "Será un aire" — me dijo él — "Seguramente" — contesté poniéndome como un tomate por la mentira, — y añadí, esta vez con todo verdad: "¡Lo siento mucho!".

Volví a la fila. Enrique se las arregló para estar detrás de mí. Parecía un príncipe heredero con su hermoso traje azul con botones dorados, y el gran cuello muy blanco. Me recordaba al *Votino* de "Corazón"... ¡tan hinchado! ¡tan vacío!... "¿Me pareceré a ellos?" pensaba, sintiendo vergüenza de mi gran defecto.

Ya es de suponer: durante el camino no me dejó en paz, recomendándome que no rozara la manga en la pared; apartándome de un chico que pasaba comiendo naranja; obligándome a salir con él de fila para evitar la proximidad de un coche que podía salpicarnos de barro.

Hacía frío, pero yo sudaba. Los muchachos de alrededor nuestro se enteraron, pues él hablaba alto y yo había perdido toda moderación y ya no pensaba en disimular. Por respeto a la escuela y a la fiesta patria, logré contenerme y no arremeter contra el culpable y contra los insolentes que se reían divertidísimos, no sé si de él o de mí: sería de ambos.

Cuando nos permitieron romper filas, eché a correr hacia casa; me desvestí mandé el traje a su dueño por el chico de una vecina, y me metí en cama. Tuve un verdadero ataque de nervios: lloré; grité como un energúmeno; deshice la cama a pataleo limpio. Mamá no atinaba qué remedio hacer para mi rara enfermedad: creyó que me había vuelto loco, pero me fuí calmando y le conté mi caso. Cuando ví que se reía, volví a enfurecerme... ¿Qué, también Vds. se ríen? ¡Ojalá tengan que usar alguna vez un traje prestado! ¡Ahí está! ¡me han hecho enojar! ¡me voy! (*yéndose*) ¡Maldita idea que tuve aquel día!... (*volviendo*). ¡Disculpen: ha sido un estallido de aquella rabieta. Para que me perdonen, les daré un consejo: no pidan nunca favores a personas interesadas y egoístas, y aun para pedirselos a las generosas y leales, esperen a que un motivo serio les obligue. Mi maestro dice que cada uno debe procurar bastarse a sí mismo, y yo debí conformarme con mi trajecito remendado, hasta que mis padres hubieran podido comprarme el que ahora tengo puesto y que, de todos modos está a la disposición de Vds. para cuando lo necesiten.

Hasta la vista. (*Saluda y se va*).

POESIAS

Plegaria a los Símbolos de la Patria

Símbolos patrios, que adora mi corazón de argentino:
a mi paso por la vida, señaladme el buen camino.

Bandera, que de lo alto proteges mi escuela amada:
del saber que allí reparten, haz que yo no pierda nada.

Escarapela, que ostento con orgullo y emoción:
a los malos sentimientos ciérrales mi corazón.

Noble *Escudo*, que me muestras enlazadas las dos manos:
tú harás que a mis semejantes, quiera siempre como a
[hermanos.

Himno que impregnas mi espíritu de entusiasmo y ar-
[monía:
haz que de la libertad haga un culto el alma mía.

Símbolos patrios, que adora mi corazón de argentino:
a mi paso por la vida ; señaladme el buen camino!



Otros símbolos

AL HORNERO

Pájaro laborioso,
bendigo tu labor
que entre cantos y vuelos
(ala, pico y canción)
corónase en tu hornito,
dulce nido de amor.

Desde el lunes al sábado,
trabajas con tesón,
y el domingo lo emplea
en dar gracias a Dios.

Pájaro laborioso
¡qué sencilla lección,
con el barro en el pico,
bajo la luz del sol,
das al hombre, que a veces
mezcla el noble sudor
con lágrimas de odio,
el día de la acción!

Pájaro laborioso,
porque alabas a Dios
mientras el lodo amasas
y lo secas al sol;

porque no desfalleces;
porque cantas de amor,
hornero de mi tierra
¡cómo te admiro yo!...

AL OMBÚ

Ombú altivo y corpulento,
señor de la inmensidad;
árbol magnánimo y simple,
que cuanto tienes lo das:
belleza al paisaje agreste;
ánimo a la soledad;
al rancho, sombra y frescura;
escenario en que cantar
al payador, y al viajero
quietud, y refugio, y paz...

Ombú frondoso y valiente,
señor de la inmensidad:
tú, que jamás al progreso
te quisiste doblegar;
que no prestas tu ramaje
al hacha de filo audaz;
que no ambicionas los bienes
que Dios a otras plantas da:
—flor vistosa, fruto sano,
y leña para el hogar;—

Soberano de la pampa,
reció ombú, te encuentro igual
al gaucho, que tus dominios

comparte, y no tiene más
que su corazón de hidalgo,
todo generosidad;
que indolente y soñador,
no se esfuerza en avanzar,
y a quien la gracia del Cielo
dotó de la facultad
de vivir en la pobreza
y prodigar un caudal...

Ombú de nuestra llanura,
señor de la inmensidad,
por lo que tienes, ¡muy pobre!
¡muy rico por lo que das!...

A LA FLOR DE CEIBO

Mariposas galanas
de color de rubí;
mariposas coquetas,
que en racimo gentil
contempláis en la onda
vuestras gracias lucir,
para que inquieta el agua
en el ir y venir,
retrate, complaciente
vuestro airoso perfil.

Flor de Ceibo: señora
del agreste jardín;
cairel de mariposas
de color carmesí;

flor que sabes la Historia
toda, de mi país,
y que más que los libros
nos la puedes decir
usando el argumento
supremo: "Yo lo ví"...

Flor de elevada aleurnia;
heroico paladín
de nobles tradiciones,
Flor de Ceibo: si así
te ha querido la Patria,
linda, buena, y feliz,
tu lozana frescura
nunca dejes morir,
y ofrendando el racimo
de purpúreo matiz,
agradece que un símbolo
se haya hecho de ti.

Sarmiento

Como al mágico y firme conjuro
de sagrada, profética voz,
surgen hoy por doquier las escuelas
que Sarmiento, tenaz reclamó.

Cual lo impuso su fe omnipotente,
la llanura poblada se ve,
y el bruñido riel la entrecruza
en grandiosa, complicada red.

Él luchó con tesón y denuedo
contra vana rutina ancestral;
contra erróneo pensar de los menos
y ruín ambición de los más.

Del esfuerzo en la fragua potente
su carácter de acero templó,
y el carácter fué el arma que siempre
dió a sus obras genial protección.

Evoquemos su augusto recuerdo
como norte a un mañana feliz;
con tal guía, marchemos confiados
de la Patria al mejor porvenir.

El Hogar Paterno

Arreglo de una página de
Sarmiento, adaptado a Vidalita.

Casa de mi madre,
que en tierra cuyana
guarda los recuerdos
de mi tierna infancia;

} verso

obra de la industria
de mi madre amada
que cambiaba el lienzo
por adobe y tapia:

tu imagen perturba
dulcemente el alma
con la poesía
de cosas lejanas...

Verdinegra higuera
que el telar sombreabas,
pródiga, ofreciendo,
brevas perfumadas;

} verso

Cuadros que lucían
en lisas murallas,
—herencia piadosa
de épocas pasadas—

Telar de mi madre
que el pan procuraba
con el traqueteo
de husos, desde el alba;

Huerta inagotable
que ella cultivaba,
—placer favorito
de su vida santa—

verso

Dichas inefables
que gusté en la casa
que quedó perdida
por tierras cuyanas:

¡dejadme el consuelo
de estas añoranzas,
que el Hogar Paterno
mis afectos guarda!

Como una gran Familia...

Como una luz me ha iluminado el alma
una frase sencilla:
“La Patria—nos ha dicho la maestra—
es una gran familia”...

Pienso. Pienso en los míos,
y en tantos lazos que a mi hogar me ligan:
cariño, abnegación, bondad, respeto,
que, con el aire, en casa se respiran...

Sí, porque todos nos queremos mucho:
tristezas y alegrías
nunca llegan a uno,
sin verse por los otros compartidas;

lo que es de uno, es de otro,
si otro lo necesita,
sin que por eso el dar
ni el recibir, imponga jerarquías.

Uno por los demás, todos por uno,
procuramos ser buenos: cada día
Dios nos da nuestro pan, y es la conciencia
el juez que a merecerlo nos obliga.

Los mayores, como que saben más,
mandan y guían;
nosotros aceptamos la tutela
sin ver quien tiene la soberanía.

Hacemos travesuras, por supuesto,
y entonces nos castigan
(alguna vez, hasta se equivocaron
y no triunfó del todo la justicia);

y sucede también, de cuando en cuando,
que alguien se enoja y grita,
pero el cariño todo lo perdona,
y en seguida renace la armonía,

(lo mismo que si el viento o la corriente
ladean la lanchita
en que vamos al Tigre los domingos,
y el remo y el timón nos la equilibran).

En cuanto a los amigos
que vienen de visita,
nos esmeramos en agasajarlos
y hacerles grata nuestra compañía,

y si alguien, con aviesas intenciones,
nos trae habladurías,
y chismes, y dicordias, y disgustos,
¡le cerramos la puerta enseguidita!...

Así, unos ratos bien, y otros no tanto,
la vida en nuestra casa se desliza;

(la comparo otra vez con nuestro bote
recorriendo los riachos de las islas).

.....

En paz por el amor y la virtud,
como una gran familia...

¡yo juro hacer lo que de mí dependa
porque así vivas siempre, Patria mía!

OBRAS DE LA AUTORA

LA VELADA. — Teatro Infantil. — (Agotada).

ALBORES. — Teatro Infantil. — (Agotada).

SEMILLITAS. — Teatro Infantil.

ESCARAPELAS. — Teatro Infantil.

MOSAICO OPTIMISTA (2a. edición). — Colección de pensamientos.

EN PREPARACION

ALMA. — Poesías.

CAMPANITAS. — Prosa.

SEGÚN ESO... — Glosa de "Mosaico Optimista".
